ño 1. Septiembre 12 de 1918 Núm. 11.

LA ESCENA

REVISTA TEATRAL

APARECE LOS JUEVES CON UNA OBRA DE ÉXITO

LOS PROVINCIANOS

Pochade en 3 actos

20 Cts.

DE ALBERTO NOVIÓN

Dentifrico

BLANCOL

Pasta
Polvo
Liquido

Eficaz y agradable

EMPORIO GASTRONOMICO LIGURE

— DE —

LUIGI BORZONE & Cia.

575 - Carlos Pellegrini - 575

Unión Telefónica 1827 Libertad

Especialidad en Ravioles, Tallarines, Ranas, Caracoles, Cima, Fainá y Pascualina a la Genovesa

LA CASA MAS ANTINGUA DE BUENOS AIRES

Gente de costumbres modernas prefiere un buen San Martin a cualquier Aperitivo

Los Tommy's Cocktails

Listos para servirlos
dan satisfacción al conocedor por exigente que sea

PRUÉBENLOS

Se sirven en todos los Bars, Confiterías, Restaurants y Clubs de la Repùblica

En los campos de batalla

se emplea para el tratamiento de las heridas, cou resultados asombrosos, el mismo antiséptico que el *ANTIBACTER*, el más poderoso desinfectante conocido hasta la fecha.

No contiene ácido bórico, ni fenoles, ni cresoles, ni sales mercúricas, que que *son venenos celulares.*

Por consiguiente, el *ANTIBACTER es desinfectante insuperable* y de uso general. Es indispensable y no debe faltar en ningún hogar.

Debe pues emplearse para la toilette íntima de las señoras el

ANTIBACTER

Para los partos el **ANTIBACTER**

Para las enfermedades de la piel el **ANTIBACTER**

Para las enfermedades de los ojos el **ANTIBACTER**

Para las enfermedades génito-urinarias (como el más poderoso prevenitivo y curativo) el **ANTIBACTER**

Para las enfermedades de la nariz y el oido, el **ANTIBACTER**

Para el catarro de los fumadores, el **ANTIBACTER**

Para las enfermedades de la boca, el **ANTIBACTER**

Para la medicina y la cirugía en general, el **ANTIBACTER**

Y para la desinfección de todas las heridas y llagas, el **ANTIBACTER**

Usese el *ANTIBACTER*. Tenga confianza en el *Antibacter* y puede tener la seguridad de haber recurrido al gran antiséptico que le evitará toda clase de trastornos. Su uso; aún continuado, no provoca molestias, y pueden emplearlo los niños sin cuidado alguno.

DE VENTA en todas las FARMACIAS. Pidan prospect s, que se remiten Gratis, al

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

AVENIDA DE MAYO 1288 — BUENOS AIRES

TEATRO ARGENTINO

Bartolomé Mitre 1448 — Un. Telef. 1788, Libertad

Temporada 1918

HOY, y todos los días GRAN EXITO!

El Sobrino de Malbrán

Por Orfilia Rico y Florencio Parravicini

Año I. Septiembre 12 de 1918 Num. 11

La Escena

REVISTA TEATRAL

APARECE TODOS LOS JUEVES

Dirección y Administración
CORRIENTES 1283
U. T. 4192 LIBERTAD

Fotografo
R COLISTRO

Administrador
JOSÉ COLETTI

La Sociedad Argentina de Autores

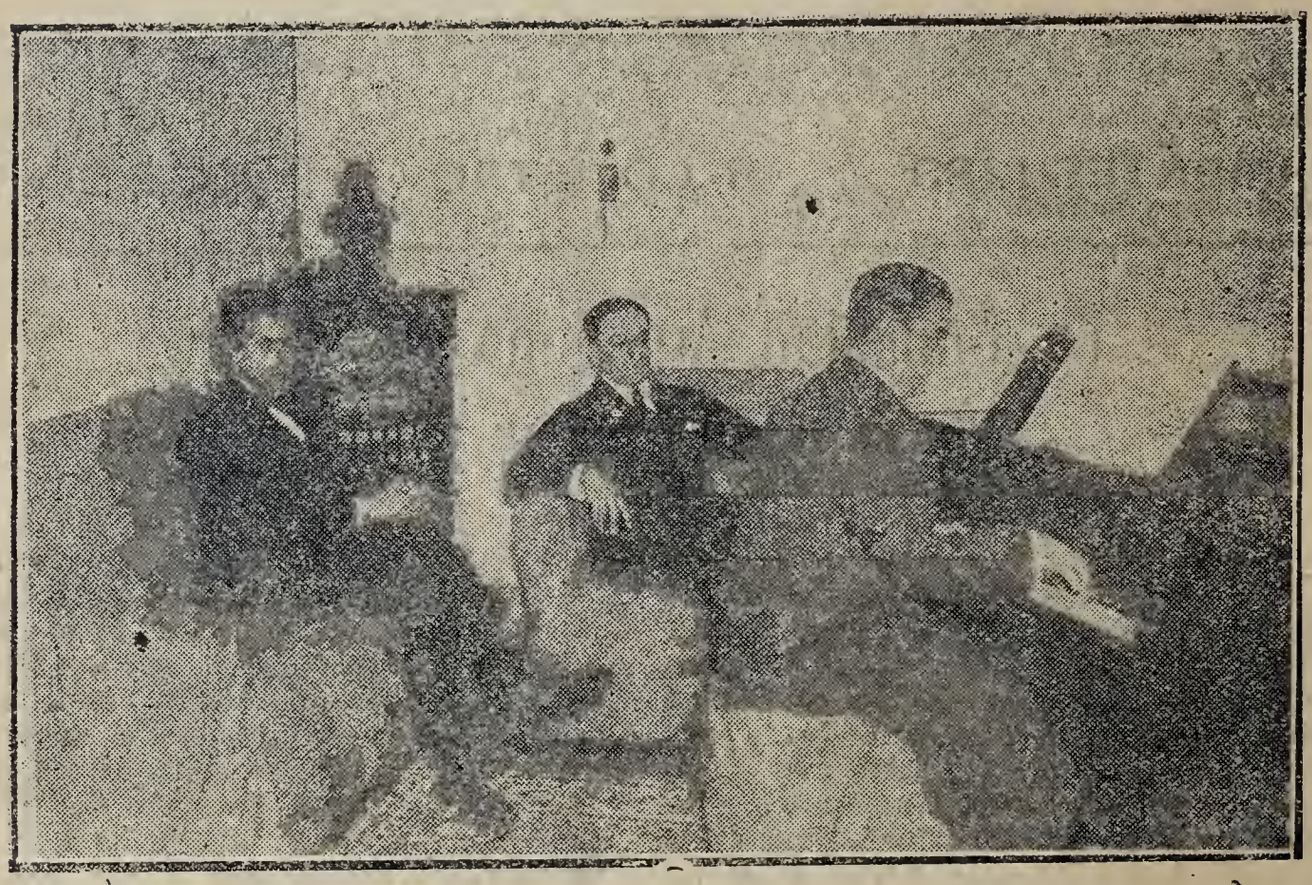
VIII aniversario de su fundación

El 11 de Septiembre de 1910, coincidiendo con las patrióticas iniciativas que. por aquel año del Centenario, surgieron en todas las clases sociales, se dió por fundada la Sociedad Argentina de Autores Líricos y Dramáticos Nacionales. Se empezaba así, a dar forma práctica a una idea de tiempo atrás acariciada y que por inercia de algunos y temor de los demás, se había ido postergando en su realización, año tras año. No fueron muchos, tampoco, los que esta vez creyeron en la realidad... Se sabía a la gente de pluma poco amoldable a cánones de asociación aún cuando redundasen en propio beneficio y se comentaba el espíritu libertario de la mayoría que preferían una independencia absoluta, aún cuando debieran caer, por ello, entre las fauces de los empresarios. Pero, el ejemplo de uno primero, y luego otro y otro de los compañeros que, poco a poco, iban desapareciendo entre la miseria y el hambre de una bohemia desastrosa, fueron inculcando en el ánimo de todos la idea de asociarse para formar una barrera de intelectualidad a la avaricia y sordidez criminales de los que traficaban con el talento y los pulmones de nuestros más conspícuos escritores. Y así nació la Sociedad de Autores: necesariamente; y con los bríos que infunden las injusticias. Y su triunfo, tal vez, pueda atribuirse más que a otra cosa, a la expoliación de que fueron víctimas durante tanto tiempo; el recuerdo de las amarguras pretéritas les infundió ánimos para mantenerse unidos y llegar a presentar el hermoso ejemplo de fuerza colectiva con que hoy asombran a todos. Su acción se fué rápidamente desarrollando y, así, hoy, al cabo de ocho años de la asamblea fundadora, la Sociedad de Autores ejerce la tutela de todos los escritores teatrales de la Argentina, y su influjo se hace sentir entre los artistas y los empresarios, solucionando conflictos, allanando dificultades para la formación de elencos capacitados para interpretar debida-

mente su repertorio y llenando, en el orden interno, funciones tan beneméritas como la que ejerce la caja social, anticipando a los autores necesitados sobre los derechos a cobrar, y consiguiendo bonificaciones extraordinarias en diversas ramas comerciales y profesionales, para los afiliados a la Sociedad.

Un fondo de reserva, aumentado mensualmente, pone a cubierto de vicisitudes imprevistas a los asociados. Y la unión, últimamente, concertada con varias Sociedades similares del extranjero, asegura su fuerza y su prestigio.

Julio Sánchez Gardel, el talentoso comediógrafo de tierra adentro que aporta a la grandeza de la institución el prestigio de sus triunfos y de su potente intelectualidad. Lo asesora en la difícil tarea de presidir, Francisco E. Collazo, el joven e inteligente escritor que desempeña las funciones de secretario. La tesorería es ejercida por Alberto Novión, uno de los autores nacionales que de más antiguo conoce las alegrías del triunfo escénico, e integran la comisión actual, en calidad de vocales el siguiente conjunto, que



Un plato criollo

"EL CHOCLO" desgranado por el Muñoz Seca de la casa: Aguirre Inchausti

Por último y ya en tren de franco progreso, se inauguró hace poco la "sala de música", cuya fotografía publicamos y que es un discreto y confortable rinconcito donde lo mismo se escucha la alta filosofía Wagneriana, como las notas cadenciosas y laxivas del baile popular, arrancadas al hermoso Pleyel por las manos "baqueanas" de alguno de nuestros músicos más conocidos.

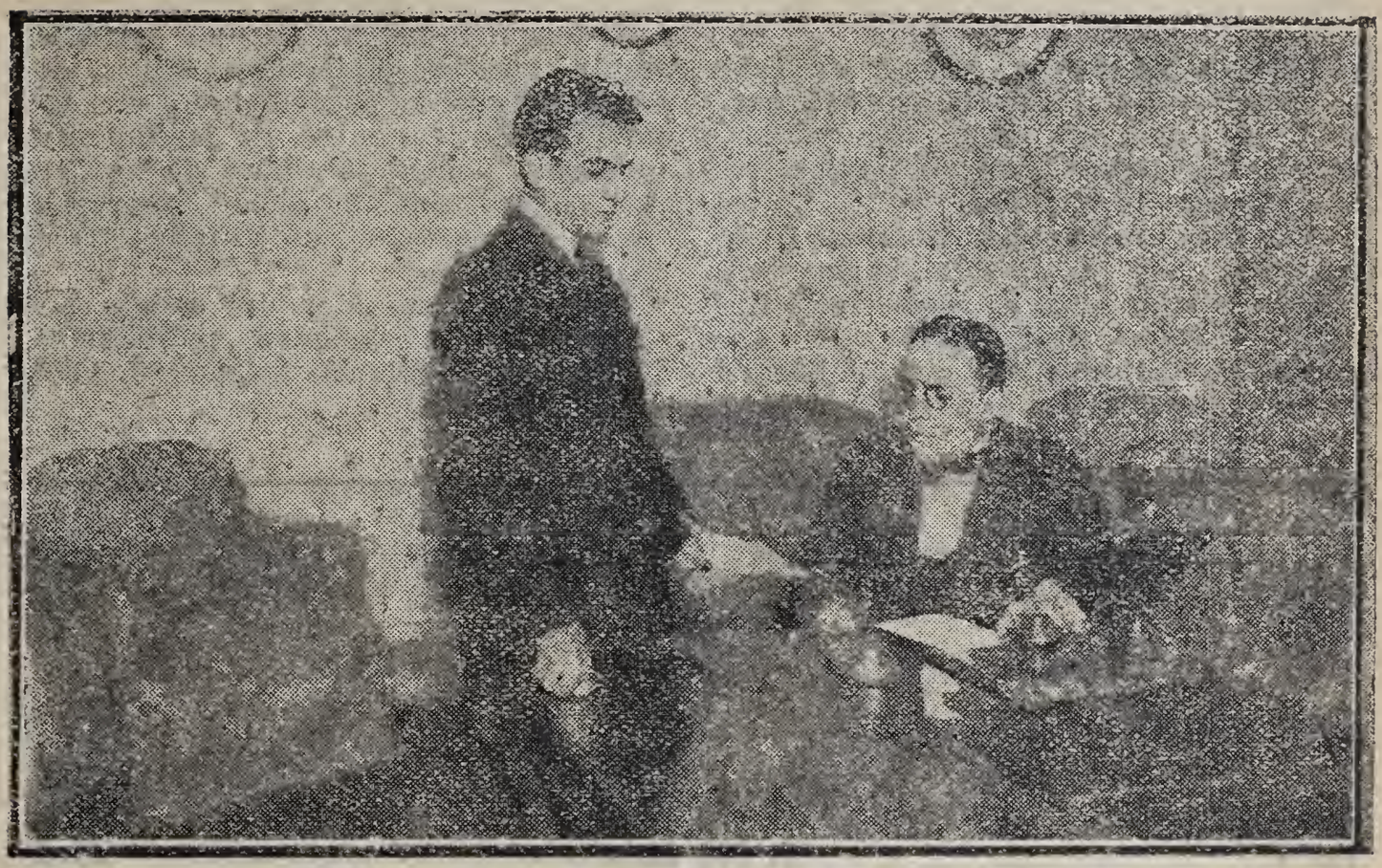
En otra de las fotografías que acompañan esta nota puede distinguirse la silueta inconfundible del actual presidente de la Sociedad:

constituye la flor y nata de los escritores teatrales rioplatenses:

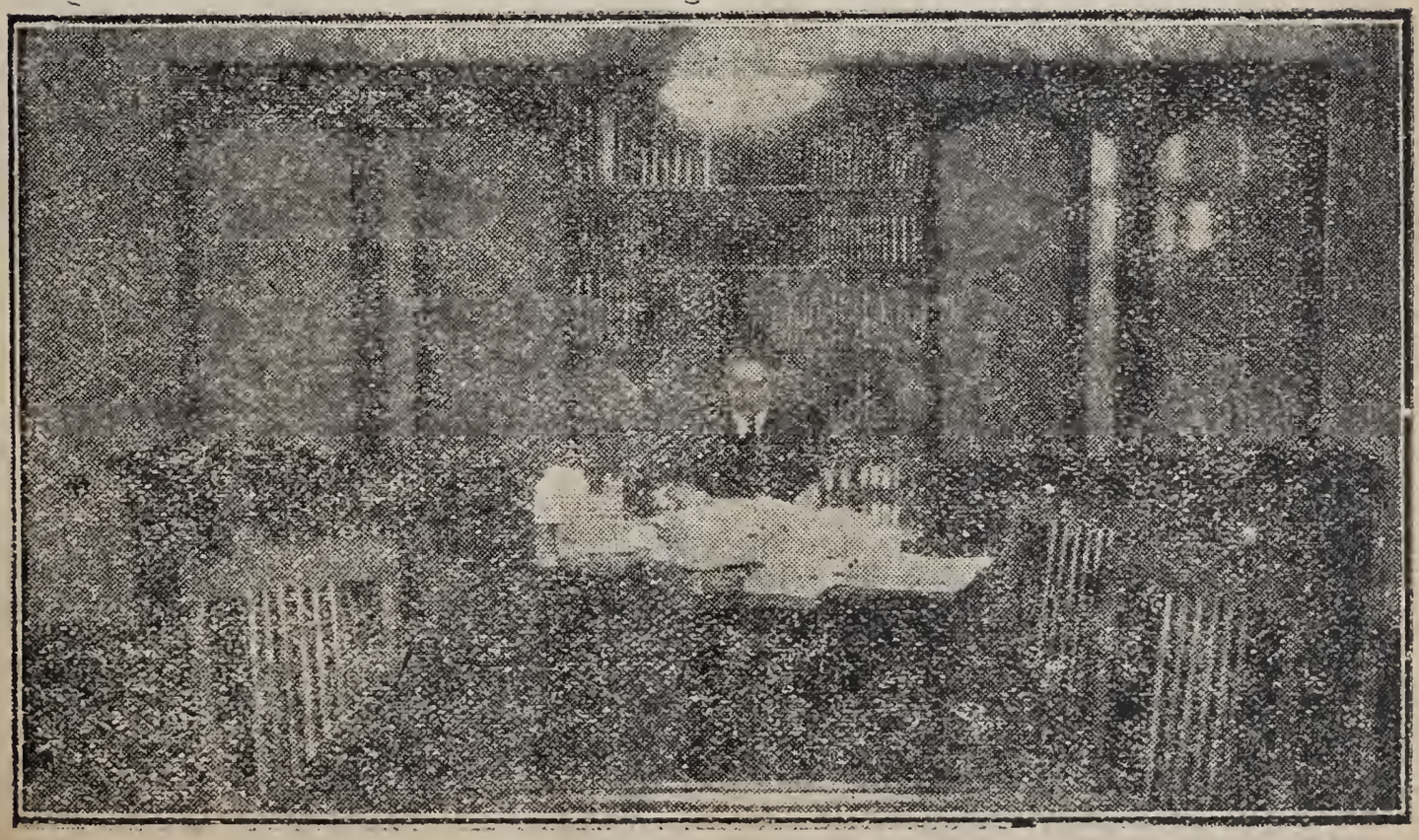
Vocales: José González Castillo
,, Roberto L. Cayol
,, Francisco Payá
,, Enrique García Velloso
,, Ezequiel Soria
,, Carlos M. Pacheco
,, Luis Bayón Herrera
,, Armando Discépolo
,, Dr. Vicente Martínez Cuitiño
,, Julio F. Escobar
,, Alberto Vacarezza
,, Raúl Casariego

Raul Casariego, que ha re-

cibido de sus compañeros la misión de formar la biblioteca de la casa, también de reciente data, aparece en otra "pose", rodeado de libretos



Sanchez Gardel, a la firma
Meditando, antes de rubricar una "dolorosa"



El bibliotecario *Casariego* hundido en un mar de tragedias que ordena con toda meticulosidad

que ojea con la misma unción con que un monje recorrería su devocionario.

Las donaciones recibidas a favor de la Biblioteca, suman un respetable total y dicen mucho del cariño que por esa casa sienten los actores nacionales cuyos envíos se anotan por cantidades.

La otra fotografía reproduce la tesorería con el estado mayor en pleno: Novión, Angel Saracco y Ricardo Collazo coadyuvador del segundo en la agencia general. Saracco, cuya gestión en el manejo de los intereses colectivos es aplaudida por todos los afiliados, es el reorganizador de las finanzas de la Sociedad desquiciadas un tiempo por una administración deficiente. Contraído a sus tareas y poseedor de un exquisito don de gentes, es justamente apreciado por la totalidad de los socios, a los que sirve de oportuno "paño de lágrimas" en difíciles trances financieros.

Para dar una idea del estado floreciente de la sociedad, publicamos el siguiente balance extractado del boletín mensual:

Balance Mensual correspondiente al mes de Julio de 1918

INGRESOS			EGRESOS		
Teatros de la Capital	$	3 532 56	Alquiler	$	350.—
« del interior	«	285.71	Sueldos	«	740.—
« del exterior	«	163.87	Muebles y Utiles	«	1.911.00
Archivo	«	281.00	Biblioteca	«	133 30
	$	4.260.14	Gastos varios	«	507.32
Saldo anterior	«	37.821 10	« de archivo	«	23.70
				$	3.665.32
			Saldo actual	«	38.418.92
	$	42.084.24		$	42.084 24

Distribución de Beneficios

40 o/o	—	Caja de anticipos	$	15.367.55
40 «	—	Inversiones en títulos	«	15.367.55
10 «	—	Caja de socorros	«	3.841.90
10 «	—	Fondo de reserva	«	3.841 90
			$	38.418.90

ALBERTO NOVION
Tesorero

ANGEL SARACCO
Administrador

Y estas dos líneas, harto significativas, perdidas entre las columnas del periódico social:

"Durante el mes de Julio se han acordado 28 créditos entre 23 autores, por un importe total de pesos 8.180 moneda nacional."

Ypara compendiar el progreso realizado por esta institución, sin ayuda oficial, sin apoyos particulares, y con la malquerencia de la mayoría, baste recordar que su primer lista de socios no alcanzaba a treinta nombres y que en la actualidad son los siguientes:

NOMINA DE SOCIOS

A

~~Acevedo Emilio, Aguado de la Loma Juan Manuel, Alippi Elías, Allende Raúl W.~~ de, Amoroso Eduardo, Aquino Pedro Benjamín, ~~Avelle Demetrio,~~ Arcos y Segovia Luis de, Arguimbau Carlos T., Arostegui Abdón. 3

B

Ballerini Alberto, Ballesteros Juan Alberto, Bayón Herrera Luis, Barbieri Enrique, Barro Nicolás, Bastardi Francisco, Barzandi Arnaldo, Bazzano Leonardo A., Bejarano Juan

A., Benavente Francisco, Beltran Oscar R., Berisso Emilio, Berón Juan José, Berruti Alejandro E., Berutti Arturo, Bianco Eduardo V., Bianchi Edmundo, Biffi Alcibíades, Brignardello Fernando, Bourel Equino, Bosch Gonzalo, Bosch Mariano G., **Bosch José M.**, Bueno Roberto, **Bunge Carlos Octavio**, Buranelli Miguel, **Buttaro Enrique**, Brunner Juan, Brunner Núñez Julio, Branca Baltasar C.

C

Cabanero Julio P., Canavesi Juan, Cano Eduardo A., Cantato Luis, Cánepa Alejandro R., Cancela Arturo, Canel Eva, Cañellas Agustín M., Cacuri Vicente L., Calandrelli Matías, Cappemberg Ricardo, Caraballo Gustavo, Carrasco E., Carrí Pérez Julio, Carrilero José, Calcagno Edmundo T., Casais José M., Casariego Raúl, Cartey Guido Anatolio, Cayol Roberto L., Castellanos Julio, Casós Gabriel A., Castro Calatayud M., **Cheli Enrique**, Cione Otto Miguel, Colombo Egidio, Cousandier Camilo de, Coronado Martín, Collazo Francisco E., Cortinas Ismael, Coll Manuel, Cordone Alberto, Cortés Rufino, **Cortijo Vidal Mariano**, Contestábile Telémaco, Cuttica Juan B., Cualova Arias Evaristo, Cruces C., Crosa Enrique.

D

Dall'Arguine Luis, Dardo López Albinol, Darthés Camilo, **D'Amato Raúl**, Dame Carlos S., Daniello Carlos, Darmann Arturo, Del Solar Alberto, De Rosas Enrique, De María Enrique, De Bassi Antonio, De Bassi Arturo, De Rosa Rafael José, Delfino José Evasio, Defiilippis Novoa Francisco, De Muro Augusto, De Francesco José, Discépolo Armando, Diez Gómez Adolfo, Díaz Olazabal Adriano, Domínguez Antonio, Domínguez Portela J., Ducasse Francisco, Duhan Alfredo, Duncuig Juan M., Dupuy de Lome Roberto, Durao Carlos M.

E

Escarcela Julio, Escobar Julio F., Escobar Bavio Ernesto, Estela Enrique, Espí Vicente.

F

Facio Hebequer Eduardo, Favaro Ulises, Fernández Felipe H., Ferrer Joaquín A., Frecia Alfredo Edmundo, Fontanella Agustín, Font y Llompart Antonio, Foppa Tito Livio, Fuentes Adolfo H., **Fuster Castresoy Santiago**, Frugoni **Juan José**.

G

Gache Roberto, Gancedo Alejandro (hijo), García Velloso Enrique, García Lalanne Eduardo, García Fernández Alfredo, Gariboto Gustavo, Garrido Augusto, Giménez Pastor Arturo, Girondo Oliverio, **Gir Arturo R.**, Giudice Rogelio, Godoy Rosario Puebla de, González Castillo José, González Cadavid Eligio, González Pacheco Rodolfo, Gornati Angel, Guerrero Perfecto, Gutiérrez Federico A., **Gutiérrez Eduardo**, Gutiérrez Eliseo, Ghiraldo Alberto, Grajales Alvarez Joaquín, **Granada Nicolás**, Grumbach Edgardo.

H

Hendler Mauricio, Hermoso Mariano, **Herrera Ernesto**, Hickens Ricardo, Honores Juan Agustín, Huguet Mario.

I

Iglesias Paz César, Insausti Torcuato, Iriarte Florencio.

J

Jordán Apolo.

K

Kohan Mauricio.

L

Laferrere Gregorio de, Landívar Gustavo M., Lascano Florencio, Lázaro Armando, Leguizamón Martiniano, Lenti Bianchi Albino, Leuman Carlos Alberto, Levene Ricardo, Linnig Samuel, Libonati Vicente, Loncan Enrique, López Antonio, López de Gomara Justo S., López Eugenio Gerardo, López Martínez Eusebio, **López Miguel F.**, Lorusso Arro, Lozzi Antonio, Lugo Viña Ruy de.

M

Maiquez Francisco, Maissonave Luis J., Manigot Raymundo, **Maturana José de**, Marañón José, Marchese Miguel, Marcó Alejandro, Maroni Enrique P., Martínez Juan Angel, Martínez Cuitiño Vicente, Martínez Cuitiño Roberto, Martínez Raúl V., Martínez Dionisio, Mascías Francisco, Mazzanti José, Medina Juan Vicente, Medina Onrubia Salvadora, Méndez Caldeira Alfredo, Merlo Rojas Juan A., Mertens Federico, Meyer Arana Enrique, Molinari y Lopardo A., Mones Ruiz Juan Antonio, Montagne Edmundo, Moulía Enrique de, Morales Delio, **Moratorio Orosmán**, Moratorio Orosmán (hijo), Moreno Segundo, Mújica Adolfo. Muniagurria Camilo.

N

Navarrete Francisco, Navarrete Fernando, Nebel Miguel, Nicolau Roig Vicente, Nosiglia Raúl, Novión Alberto, Novillo Lucero Eduardo.

O

Obliglo Carlos, Ocampo Juan Cruz, **Ortega Miguel**, Olivieri Acosta Mario, Ortiz Gronet Diego, Oria Salvador, Ossorio Carlos Alberto, Osés Miguel F., Osés Ernesto L., Otamendi Roque C., Otamendi Manuel M.

P

Pacheco Carlos M., Palermo Juan Francisco, Palet Luciano J., Pagano José León, Parcero Alberto J., Pardo Pedro A., Pardo Enrique A., Paredes Emilio, Paoli Carlos R. de, Paker Ignacio, Parravicini Florencio, Pascarella Luis, Paya Francisco, Payró Roberto J., Pecci Vicente R., Pelay Ivo, Pellerano Juan José, Pellicer Eustaquio (hijo), Peña David, Pérez Petit Víctor, Peralta Eleodoro, Pey Antonio, Pezzi Mendoza José, Pierotti Luis Gaspar, Pico Pedro E., Pintos Juan M., Pisano Francisco, Podestá Pablo, Podestá Arturo, Podestá Antonio D., Pons Lezica Cipriano, Puga Rodolfo de, **Poleró Scamilla A.**

Q

Queirolo Enrique, Quesada Héctor C.

R

Rada Mario, Rada Alberto, Reynoso Martín Ignacio, Remón Agustín, Retta Vicente G., Reusmann Smith Eduardo, **Reynoso Antonio**, Ribelli Roberto, Riccio Benjamín, Richard Lavalle Enrique, Riú José Eneas, Rodríguez Ascasuso Luis, Roldán Belisario, Romeo Andrés, Romero Manuel, Romeu Carlos, Roquendo Miguel, Roxlo Carlos, Ruiz Moreno Leonardo, Richard Lavalle Guillermo.

S

Sánchez Florencio, Sánchez Gardel Julio, Sánchez Alberto, San Lío Francisco, Saldías José Antonio, Saavedra Ibañez León, Sala Martín, Salís Alberto, Sassone Felipe, Sargenti Octavio F., Sassone Enrique V. Sierra José M., Sicardi Francisco A., Silva Carlos Alberto, Soria Ezequie, Soiza Reilly Juan José, Soiffer Rebecca, Suárez Pintos Carlos, Spreafico Juan C., Scolati Almeyda Félix, Schlapkohl Fox, Guillermo, Stefanini Vignale Alfredo, Scheneidewind Alfredo.

T

Taborda Saúl Alejandro, Tamayo Alfredo, Tarnassi Ricardo, Teysera Faustino M., Traversa Julio C., **Trejo Nemesio**, Treviño Alfredo de, Trongé Eduardo.

U

Uriburu Alberto E., Uriburu Víctor.

V

Vacarezza Alberto B., Valliera Juan, Vasquez Arturo H., Vazquez Ramón, Viale César, Viana Javier de, Villalobos Benjamín, Villa Horacio, Villareal Enrique, Vedia Joaquín de, **Vedia Enrique de**, Ventura Jesús, Vescio Juan A.

W

Weisbach Alberto T.

Y

Yerovi Leonidas N.

Z

Zalazar José María, Zanón Luis, Zapata Quesada René, Zavalía Félix Alberto de, Zurlo Humberto.

NOTA. — Los nombres en negrita corresponden a autores fallecidos.

"La Escena" que debe su existencia a ese grupo escogido de escritores, se complace hoy en reseñar suscintamente los adelantos de su institución, evocando el recuerdo de la distancia salvada, desde aquella noche memorable en que la voz potente del Dr. Vicente Martínez Cuitiño, hacía temblar los cimientos de todos los teatros de la Capital con sus arengas vibrantes y sus apóstrofes sangrientos contra los mercaderes que hacían morir de hambre y de miseria al más sentido de los escritores americanos, en una calleja solitaria de una oscura barriada de Milán.

Hagamos patria, con la pluma y con la espada. Y cuando los sables duerman envainados, cubierta su hoja por la pátina civilizadora, no dejemos en blanco las páginas de la historia nacional, y esculpamos en el oro de sus hojas el nombre de los que desde la cátedra desde la tribuna, y desde el modesto rincón de una mesa de trabajo, laboran su grandeza.

Los que trabajan

El tesorero, el agente general y su ayudante, Ricardo Collazo, en plena racha financiera
El tesorero sonrie: buen síntoma

Una tenida magna

Los "ases" de la institución, saboreando un momento de alacraneo

La Escena

Desde el número de hoy, y como agradecimiento por las gentilezas de que es objeto de parte de los Autores, este semanario se complace en dejar a disposición de los mismos, dos páginas que podrán llenar con criticas de arte, auto-defensas, polémicas, etc. entendiendo que nosotros nos "sacudimos el polvo" y dejamos la responsabilidad de los escritos a los firmantes.

LA DIRECCION

TIENE ALBERTO NOVIÓN

conquistado un puesto envidiable entre los autores del teatro criollo. - Evocador fidelísimo del ambiente de nuestras campiñas sabe trasportarlo al escenario, adornado con las galas de su ingenio. — Desde sus primeros pasos en el intrincado trabajo de la escena, dejó ver cualidades poco comunes en los iniciados. — Su amenidad parar el diálogo, escrito con esa "difícil sencillez" que es el patrimonio de unos pocos, su honestidad en la conquista del "gran público", del que sanciona, del que aprueba o rechaza le hicieron desde el principio granjearse simpatias y afectos que se vieron luego testimoniadas en su encumbramiento a la tesoreria de la Sociedad de Autores, desde cuyo puesto estrechó aún más sus lazos afectivos en una constante corriente de compañerismo. — Su labor es basta y diversa. — Desde la pieza sencilla y sin complicaciones, el drama fuerte y hondo, su pluma recorre la gama de todas las formas escénicas. — Y esta misma multiformidad de moldes en su trabajo, hace que nos parezca reducido el espacio de que hoy disponemos para juzgarlo y dejemos para más adelante el juicio sincero que nos merece este "pionner" de nuestra literatura, a cuyo influjo de magnetica simpatía, nosotros tampoco hemos podido sustraernos.

Los Provincianos

Pochade en tres actos de

Alberto Novión

Estrenada en el TEATRO ARGENTINO de Buenos Aires por la Compañía Nacional, **Florencio Parravicini**, el dia 14 de Agosto de 1913.

PERSONAJES

Margarita	Sta	Bozan Olinda	Sofonias	,,	Caseaux Roberto
Ernestiina	»	De Alessi Pierina	Calamandro	,,	Lozoya Julio
Doña Prudencia	Sra	Aranaz	Criado 1o.	,,	Mighetti Enriq.
Remigia	,,	Martinez Rosa	,, 2o.		
Don Alcibiades	Sr	Parravicini	Oficial 1o.	,,	Ratti César
Lino	,,	Zurlo Humberto	,, 2o.	,,	Ghisi Alfredo
Martinez	,,	Gutierrez Eliseo	Invitada 1a, é invitados		

ACTO I

Escritorio moderno, regiamente amueblado, con puertas practicables a derecha e izquierda. Al foro grande vidriera y puerta que comunica a una lujosa sala.

ESCENA I

DOÑA PRUDENCIA y DON LINO

LINO.—**(Toca un timbre).** Qué quieres, más pena me da a mí, en disgustar por un momento a la buena de Ernestina. Pero no nos queda más remedio que decírselo todo. Hoy, que ya es una señorita, debe de saber la verdad de su situación, la fortuna que le ha dejado su tío Mardoqueo... en fin, todo... Ella sabrá lo que tiene que hacer, por lo pronto nosotros cumplimos con nuestro deber y con la voluntad del extinto.

CRIA.—**(Foro)** ¿Llamaba el señor?

LINO.—¿La niña Ernestina?

CRIA.—En el jardín, señor.

LINO.—Dígale que deseamos hablar con ella. ¡Ah! Si llega a preguntar por mí, una persona al parecer provinciano, lo hace pasar inmediatamente.

CRIA.—Muy bien, señor. **(ms.).**

PRUD.—¿Qué dirá a todo esto el doctor Martínez?

LINO.—Por eso que te digo, si dejamos por más tiempo las cosas como están... nos creamos una situación molesta y comprometida. Podrían, por lo pronto, acusarnos de haber ocultado hasta el último momento la orden escrita, que al morir, dejó el tío de Ernestina.

PRUD.—Mirá. Voy a retirarme. No quiero presenciar estas escenas que me son harto dolorosas. **(De pie).**

ESCENA II

DICHOS y ERNESTINA

ERNE.—**(Foro)** ¿Me llamaban?

PRUD.—Lino te quiere hablar.

LINO.—Te queremos hablar.

ERNE.—¡Jesús! ¿Qué cara seria las de Vds.. ¿He cometido alguna imprudencia? ¿Me van a retar?

LINO.—Ernestina, siéntate. Tenemos que conversar muy seriamente. Se trata de tu porvenir.

ERNE.—¿De mi porvenir?

PRUD.—De tu porvenir.

ERNE.—Muy bien. **(Se sienta).** Soy todo oídos. Hablen Vds.

LINO.—Ernestina: ¿tú sabes cuál fué la última palabra que dijo tu tío Mardoqueo al morir?...

ERNE.—Sí... "Viva Napoleón".

LINO.—Digo, su última voluntad que dejó escrita para que se cumpliera hasta la última palabra.

ERNE.—¡Nó!... Sé que me declaró única heredera de su fortuna, y que tengo que casarme con un ahijado que tiene en Catamarca... y nada más.

LINO.—Pues escucha: **(Lee).** En la ciudada de Catamarca, a 27 de Abril de 1895. Ante mí"...

ERNE.—Basta, basta, basta... No es lo que me interesa, Don Lino. Lo que quiero saber es si existe otro inconveniente más, para tomar posesión de la fortuna.

PRUD.—Hay uno terrible, Ernestina.

ERNE.—Léamelo.

LINO.—"La única obligación que le impongo a mí sobrina, y sin cuya realización no podrá heredar la fortuna que le dejo, es que: En el año que cumpla 21 años deberá contraer enlace con mi ahijado Calamandro Ovejero, nacido en Tinogasta el mismo año que vió la luz mi querida sobrina, al no realizarse este matrimonio por negativa de mi sobrina, deberá quedar sin efecto a su favor la fortuna que le dispenso, y si ella cumple mis deseos, debe quemarse el presente documento ante los desposados... Ya has cumplido los 21 años y he mandado llamar a tu prometido para que te cases con él...

ERNE.—Ha hecho usted muy mal don Lino, en mandarlo llamar. Ya le he dicho de que no acepto la fortuna de mi tío bajo esas imposiciones... Casarme con un hombre que no conozco, que no le quiero, no puede ser querida doña Prudencia... Prefiero quedarme en la calle antes de cometer semejante atrocidad.

LINO.—Yo hago nada más que cumplir con un deber, llamando a don Calamandro, el que me ha contestado que vendría... y debe estar al caer!... Veremos si llegamos a un acuerdo... El tampoco, — si se trata de un caballero, — puede aceptar esta imposición ridícula — con perdón de tu tío Mardoqueo.

ERNE.—Puede usted decir todo los improperios que quiera de mi tío... ¡Imponerme por esposo a un hombre criado nada menos que en Tinogasta; ¡a mí! Al solo pensarlo me dan ganas de romper todo lo que tengo por delante... Haga usted el favor de no presentarmelo don Lino, porque soy capaz de arañarlo... arañarlo.

PRUD.—Cálmate, Ernestina, ten prudencia. Puede que se trate de un distinguido caballero... Calmate.

LINO.—No te pongas así... Consultaremos el caso con el doctor Martínez... nadie mejor que él para orientarte, para hacerte entrar en la razón... Precisamente, aquí lo tenemos.

ESCENA III

DICHOS y MARTINEZ

MART.—¿Cómo están ustedes?

PRUD.—Llega usted a pedir de boca mi querido doctor. Nuestra buena Ernestina se encuentra algo incomodada por asuntos de familia. Hay una cláusula en el testamento de su difunto tío Mardoqueo que la ha puesto fuera de sí.

LINO.—Los dejaremos solos. No quiero que nuestra presencia influya en el ánimo de ustedes... Con permiso doctor... A ver si me la convence doctor.

PRUD.—Con permiso (**mutis derecha**). No olvides que se trata de una respetable cantidad. (**A Ernestina. Mutis con Lino**).

MART.—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué ha ocurrido mi adorada Ernestina?

ERNE.—Algo increíble. Algo que no tiene nombre.

MART.—¿Qué clausula es esa de que me habla don Lino?

ERNE.—Figurate que en el testamento que dejó ese viejo antipático, que ojalá se hubiera muerto antes de salir de padrino! Quiere obligarme de que me case con un ahijado que dejó por allá, por la loma del diablo. Y en caso contrario, de que no quiera casarme, no me deja ni un centavo: ¿qué te parece? Si estas son las ocurrencias que tenía mi tío Mardoqueo, ellas se encargaron de matarlo.

MART.—No se puede esperar otra cosa de un señor que se llamaba Mardoqueo. Conozco todas las cláusulas de ese testamento. ¿Y tú qué piensas hacer?

ERNE.—¿Yo?... no casarme; que se guarde sus cobres.

MART.—¡Oh! Gracias, gracias, mi querida Ernestina, no podía esperar de tí, una prueba mayor de tu cariño. Gracias.

ERNE.—¿Y me creías capaz de dejarte por otro hombre? Prefiero morirme antes de llegar a ello, Horacio mío. Bien lo sabes que mi vida es tu vida, lejos de ti me moriría. No me dejes, no me abondones, Horacio mío. Salvame de esta situación, de mi ruina...

MART.—Yo te salvaré cueste lo que cueste. Pero, dime, como hace tantos años que tu tío falleció... ¿no habrá corrido la misma suerte el ahijado de tu tío?... Bien pudiera suceder que se lo haya tragado el chucho.

ERNE.—Si está por llegar.. creo que hoy o mañana.

MART.—¡No digas! Si hiciéramos descarrilar el tren...

ERNE.—¡Oh! Eso no... Causaríamos muchas víctimas. ¡Si lo desafiaras a un duelo a muerte!...

MART.—Tienes tú también unas ocurrencias dignas de don Mardoqueo... ¿Y si resulto yo el muerto?

ERNE.—Es cierto... ¡qué horror! ¡Qué Dios no lo permita!

MART.—No lo ha de permitir, no pierdas cuidado, no me batiré...

ERNE.—Que bueno eres... ¿Me juras que no te batirás?

MART.—¡Te lo juro!

ERNE.—¿Qué hacemos entonces? ¿Cómo lo harías desaparecer?

MART.—Algo hay que hacer... ¡Dejame pensarlo! (**pensando**) ¡Ayudame Mardoqueo!

ERNE.—No lo nombres... no sea cosa que se aparezca.

MART.—¿Y cómo se llama el ahijado?

ERNE.—Calamandro Ovejero.

MARTI.—¡Qué calamidad! Llamarse Calamandro.

ESCENA IV

DICHOS, DON ALCIBIADES y SOFONIAS

ALCI.—(**por foro**) Buenas tardes.

MART.—¡Ellos!

ERNE.—¡Ellos!

SOFO.—¿Se puede pasar adelante?

ERNE.—Yo casarme con ese hombre. Con ese bicho raro. ¡Qué horror! Te dejo Horacio con esos señores... Yo me voy. No puedo verlos... (**mutis izquierda.**)

MART.—Tomen ustedes asiento, señores.

SOFO.—Muchas gracias. **(Pausa).**

ALCI.—¿El señor es don Lino Almada?

MART.—No señor. Huelga la pregunta. Me parece que yo no represento 60 años.

ALCI.—¡Qué lástima!

MARTI.—¿Cómo qué lástima? **(Se pasea).**

ALCI.—Porque yo deseo conversar con él.

MART.—Me alegro.

SOFO.—Parece que está enojado este señor, papá.

ALCI.—Así parece.

SOFO.—¿Quién será?

ALCI.—Alguno que vendrá a buscar una recomendación para algún empleo, como nosotros. ¿Y dígame, señor? El señor don Lino Almada es una persona abordable?

MARTI.—Al señor don Lino Almada le faltan nada más que las garras para ser todo un tigre del Bengala.

SOFO.—Vámonos, papá.

ALCI.—No te asustes Sofonias... Y decir señor que ese tigre, hoy por hoy, es nuestra única salvación...!

MART.—Ya lo se... y hasta se también lo que los trae a ustedes a esta casa. ¿Los señores son de Catamarca, no es así?

SOFO.—De Andalgalá.

MART.—Lo mismo es.

SOFO.—No, señor. Andalgalá... no es lo mismo.

MART.—Pero queda en la misma provincia..

SOFO.—Ajá. Por ay me la ha de dejar...

ALCI.—¿Y en qué nos ha conocido señor, que somos de Catamarca?

MART.—A usted en el modo de vestirse, y a su hijo, por el modo de caminar.

SOFO.—Pero ve, papá. La inteligencia Marconi que tiene ese señor...

ALCI.—¡Has visto Sofonias qué maravilla!. ¿Y podríamos saber señor con quién tenemos el agrado de conversar?

MART.—Sírvase. **(Le da una tarjeta).**

ALCI.—Doctor Horacio Martínez de Miranorte, Secretario del Ministro de Relaciones Exteriores. ¡Señor! ¡Saluda, Sofonias!.

SOFO.—¡Señor!...

ALCI.—Alcibiades Garrote y mi hijo Sofonias tienen el mayor gusto de conocer al señor Secretario. Precisamente yo venía a ver al señor Almada para pedirle una recomendación para usted, pues desearía un puestito para mi hijo Sofonias, aunque fuera como escribiente de segunda.

MARTI.—Pero, ¿cómo? Ustedes no son de Catamarca?

SOFO.—De Andalgalá, señor; pero es lo mismo.

MART.—Digo. Usted no venía aquí para casarse con Ernestina?

SOFO.—Papá, lo que está diciendo.

ALCI.—Usted lo confunde señor. Mi hijo no puede hacer eso... No sabe lo que son esas cosas.

SOFO.—No se lo diga, papá.

MART.—¿Cómo?

SOFO.—No se lo diga que no me gusta..

ALCI.—Desde chico le ha tomado apreensión a las mujeres. No las puede ver ni pintadas... así le presenten a la Cleo de Merode en persona.

MART.—¿Y cómo es eso, amigo?... No tiene vergüenza un hombre tan grande como usted en desconocer el mayor encanto de nuestra vida? La belleza más infinita que Dios ha hecho: ¡La mujer!

SOFO.—Que quiere señor... yo soy así. No puedo. A veces he tantiao en querer a una mujer y... ¡nada! No puedo. Me aburre. No le encuentro nada de lo que usted dice: para mí todas son iguales; unas con el cabello más largo que las otras y nada más, ¡nada más!....

ALCI.—¡Oye usted doctor!... No parece hijo mío... Quien me diera su edad con la experiencia que tengo.

SOFO.—¡No sea atrevido, papá! Que hay personas delante.

ALCI.—¿Y qué quieres que yo haga? Disculpemelo doctor... Hablarme a mí de mujeres y volverme trompo de lata es una misma cosa. En cuanto me tiran de la cuerda ya estoy bailando.

MART.—¡Caramba!

SOFO.—No se extrañe doctor que yo sea así: si él se ha quedao con todo.

MART.—(Este tipo me conviene.) Entonces ¿usted quería un empleo para su hijo, no? Muy bien. Precisamente yo necesitaría un hombre como su hijo, que se entregara completamente a mí; que haga lo que yo diga; una palabra mía que sea una orden. En cambio le daría dinero, comodidades para vivir y un puesto de porvenir en el Ministerio.

SOFO.—Yo creo que el señor me confunde.

ALCI.—Callate Sofonias... Espera que el señor pida lo que desea. ¡Hable usted, doctor!

MART.—¿Ustedes conocen en Catamarca a Calamandro Ovejero?

ALCI.—No... no lo conocemos.

MART.—Es el caso que ese señor tiene que casarse con una chica que es mi novia y a quien no conoce ni siquiera por fotografía. Yo necesito un hombre que pase en esta casa por Calamandro Ovejero, que se case con Ernestina, a fin de hacer quemar un testamento que nos tiene atados a los dos... y los encargados de su cumplimiento están resueltos a que se cumplan sus disposiciones al pie de la letra. ¿Qué les parece?

SOFO.—¿Yo casarme? Imposible, doctor. Yo no puedo hacer eso.

ALCI.—No te precipites Sofonias... Se trata de un casamiento en broma. Tú no tendrás que hacer nada.

MART.—Absolutamente nada. Estoy yo para prohibirlo.

ALCI.—¿No oís?

SOFO.—Si es así, estoy conforme. Sin obligaciones, que no tenga derecho mi mujer en pedirme nada. Ella por su lado y yo por el mío.

ALCI.—¡Si es natural! ¡Si es lo que pide el doctor! Completamente de acuerdo, doctor. Usted tiene nada más que ordenarnos en lo que quiera. Yo, al sol pensar que me voy a reunir con unos pesitos, sería capaz de pasar hasta por al madre de ese señor Calamandro. Y éste, por un empleito, sería capaz de irse a nado a la Colonia, y eso que le tiene horror al agua.

MART.—Una vez que se queme el citado documento, nos vamos todos a Montevideo, allí se divorcian de común acuerdo. En cuanto a la cédula de identidad y otros requisitos, todo corre por mi cuenta. Por lo pronto le daré dinero para que cambien de ropa, y vistan a la moderna. Usted, delante de don Lino y de su esposa, se llamará Calamandro Ovejero.

SOFO.—Calamandro Ovejero...

ALCI.—Y yo Alcibíades Ovejero, padre de Calamandro. Conviene que yo figure como padre, porque éste si lo dejan solo, puede embarrarlos y enredarse en una conversación.

MART.—No está mal. De más está decirles que ustedes están al corriente de todo. Sobre modas, música, sport, política...

ALCI.—No pierda usted cuidado, doctor; no tendrá quejas de nosotros, pues sabemos estar en sociedad, y de política estoy así, como todo buen provinciano.

MART.—Muy bien. Voy a llamar a su futura esposa para tener el gusto de presentársela.

SOFO.—¿Cómo? Y ella ya sabe que yo voy a ser su marido montana?

MART.—No, nada de montana. Usted será un marido de ocasión y nada más

SOFO.—Papá, me parece que vamos hacer aquí un acto muy feo.

ALCI.—No seas sonso, Sofonias. Puede que sea este señor nuestro salvador. Que nos lo mande la Virgen del Valle, en premio de las miserias que hemos pasado.

MARTI.—¡Ernestina! ¡Ernestina! Ya viene.

ESCENA V

DICHOS: ERNESTINA

ERNE.—¡Qué! ¿Me llamabas?

MART.—Te voy a presentar a tu futuro esposo Calamandro Ovejero.

ERNE.—¿Y con este me quieren hacer casar a mí? ¡Ni loca que estuviera!

ALCI.—No se aflija, señorita. Mi hijo no le va a hacer nada. Ni le causará daño alguno. Yo fuí el que le aconsejé que le hiciera un favor a Vd.

ERNE.—¿Un favor a mí? ¿Todavía esa pretensión? El señor se casará conmigo, pero le aseguro que no me tocará un dedo.

SOFO.—Si es con esa condición que yo me caso. Usted por un lado y yo por el mío.

MART.—Permíteme, Ernestina. Este señor no es Calamandro, es un amigo mío, que se casará contigo reemplazando al verdadero Calamandro. En seguida hacemos quemar el testamento, se divorcian en Montevideo; una vez libre, nos casamos los dos como Dios manda. ¿Qué te parece? ¿No es una combinación expléndida para salvarnos del otro y hacer desaparecer ese papelucho que tienen tus tutores?

ERNE.—¡Qué bien pensado! ¿Y cómo te se ha ocurrido eso?

MARTI.—La cara de estos señores me lo inspiraron.

ERNE.—¡Ah! ¿Entonces vamos a ser esposos de jugando? ¡Pero cómo no!, con muchísimo gusto, y lo voy a cuidar como si fuera de verdad, para que usted olvide la mala impresión que pude haberle causado al haber aceptado en una forma incorrecta su presentación.

SOFO.—No, señorita; le ruego que no me trate como a un marido de verdad, cuanto más despreciativa sea usted conmigo, más se lo voy a agradecer.

ERNE.—¡Qué hombre raro! Ja... ja... ja... ¿Y tú no te vas a poner celoso?

MART.—Está asegurado contra incendio.

ERNE.—¿Cómo?

MART.—Ya te darás cuenta sin que te lo diga.

SOFO.—Papá, parece que me están agarrando para la butifarra, como dicen los porteños.

ALCI.—No hagas caso. Cuanto más sonsos nos hagamos lo pasaremos mejor.

MART.—Bueno. No hay tiempo que perder, podrían salir don Lino y doña Prudencia y arruinarnos la combinación. Tomen **(dándoles dinero)**. Aquí en la esquina vive un ruso que vende ropa usada. Se visten lo más decentemente posible y se vienen a ofrecerles sus respetos a la dueña de esta casa.

ALCI.—Dígame. Mientras nosotros compramos la ropita, no podría usted mientras pasarle la mano por el lomo al tigre para que no nos arañe?

MART.—Pero si don Lino es más manso que un cordero.

ERNE.—Mis tutores son personas muy buenas y muy consideradas.

SOFO.—Y usted cree doctor que después de esto no habrá programa de comisaría?

MART.—No se olviden que están tratando con el Secretario de un Ministerio. Bueno, vayan, los esperamos en seguida.

ALCI.—Hasta lueguito. ¿En la esquina, no?

MART.—Sí, a la derecha.

ERNE.—Hasta pronto y mucho aplomo.

SOFO.—Hasta dentro de un ratito.

ALCI.—¡Yo soy Alcibíades Ovejero!

SOFO.—¡Y yo Calamandro Ovejero!

ERNE.—Muy bien, muy bien.

MART.—Perfectamente.

ALCI.—A los pies de ustedes.

SOFO.—Adios. **(Mutis Alcibíades y Sofonías, foro).**

ERNE.—¡Qué feliz idea la tuya, Horacio mío! Estos hombres van a ser nuestra salvación.

MART.—Que no haría yo por salvarte... por no perderte...

ERNE.—En seguida que se queme el testamento, a divorciarme, ¿eh?

MART.—Entonces serás mía.

ERNE.—Toda tuya...

MART.—A esos infelices, en cambio, le daremos un poco de dinero para que trabajen y se hagan gente.

ERNE.—Es claro, después de habernos ayudado en esta forma, no los podemos olvidar sin agradecer el servicio que nos hacen.

MAR.—¡Qué suerte la nuestra! ¡Nos han caído como llovidos del cielo!

ESCENA VI

DICHOS, DOÑA PRUDENCIA y DON LINO

PRUD.—**(Entrando)** ¿Y? ¿La ha convencido usted?

MART.—Parece que sí, señora. Al principio, es natural, como toda muchacha mimosa, acostumbrada a dejarse dominar por sus nervios, no quería ni oirme siquiera. Después, a fuerza de razonamientos y de hacerle comprender que una chica huérfana y sin dote, no representaba nada en nuestra sociedad, determinó en aceptar por esposo a ese señor que mencionaba ese testamento de que me han hablado ustedes en diferentes ocasiones.

ERNE.—**(Como llorando)** Sí, doña Prudencia. Sí, don Lino. No lo siento así, pero ¿quién se opone a la voluntad de un tío que ha muerto y tuvo la feliz idea de dejarme su fortuna? ¡Pobre mi tío Mardoqueo! Perdoname si en un momento de extravío te he ofendido en algo! Perdoname.

PRUD.—No te aflijas, queridita mía! El desde el cielo, velará por tu felicidad.

LINO.—Y en nosotros siempres tendrás dos personas que te quieren entrañablemente.

PRUD.—¡Cómo a una hija!

ERNE.—¡Ay, doña Prudencia! ¡Ay, don Lino! ¡Ay, doctor Martínez! ¡Qué desgraciada soy! **(Pincha con un alfiler a Martínez).**

MART.—¡Ay!... Hay que resignarse con la voluntad del destino. Señorita Ernestina, no llore usted... Cálmese. Usted no dejará de ser por eso la niña mimada de esta casa.

ERNE.—¿Y una vez que me case, se quemará ese documento? ¿No es cierto, don Lino?

LINO.—En el acto.

PRUD.—Es lo que deseamos para librarnos de estas obligaciones.

ERNE.—En fin... Cúmplase la ocurrencia... digo, la voluntad de mi tío. ¿Cuándo llega mi marido?

LINO.—En su carta me dice que espera dejar terminados unos asuntos que tiene pendientes en su provincia que requieren su atención, y en seguida se larga para acá.

PRUD.—Parece que se trata de un hombre que ocupa una posición política muy respetable.

MART.—¿Sí?...

ERNE.—¿Y usted no podría escribirle para que demorara una semana más su viaje?

PRUD.—¿Para qué, hija mía?

MART.—Como Ernestina se encuentra algo descompuesta... En una semana le sobrará tiempo para reponerse y presentarse ante su prometido con todas las galas de su hermosura.

CRIA.—**(Anunciando)** ¡Señor! Dos caballeros, al parecer provincianos, preguntan por usted.

LINO.—¿Será él?

ERNE.—Yo no quiero que me vean en esta facha. Voy a arreglarme. **(Mutis).**

PRUD.—Recíbelos tú, Lino.

LINO.—Quedate conmigo.

MART.—Yo lo acompañaré don Lino. Siempre que mi presencia no sea inoportuna.

LINO.—De ninguna manera, doctor. Acepto gustoso su compañía. **(Al criado)** Hágalos pasar. **(Mutis criado).**

PRUD.—Tú crees, que yo también debo recibirlos?

MART.—La gente de provincia es muy sencilla, doña Prudencia. Quédese usted. En estos casos viene usted a ser la madre de Ernestina.

LINO.—Es natural.

ESCENA VII

DICHOS, ALCIBIADES y SOFONIAS

ALCI.—(**Entrando, después de los saludos**). ¿El señor Lino Almada?

LINO.—Un servidor, caballero. A quien tengo el honor de saludar?

ALCI.—A Alcibíades Ovejero y a su hijo Calamandro de Catamarca. Creo que ya nos conoce usted por reflejo.

LINO.—¡Cómo no! Y esperaba con impaciencia la visita de ustedes... Mi señora esposa. (**Presentándola**).

ALCI.—Tanto gusto.

LINO.—(**idem**) El doctor Martínez. Un buen amigo de la casa.

ALCI.—Tanto gusto.

SOFO.—Vamos bien.

LINO.—Tomen ustedes asiento. (**Se sientan**).

ALCI.—¿Yo creo que el señor sabrá el motivo de nuestra visita?

LINO.—Como lo voy a ignorar. Precisamente ayer a primera hora, recibí su carta en la que me anunciaba su venida a ésta.

SOFO.—¿Qué carta?

LINO.—La que usted me mandó desde Catamarca.

SOFO.—¡Ah, sí! ¿La recibió? ¿Y qué le decía?

LINO.—¿Cómo? ¿Usted no recuerda lo que me decía?

SOFO.—¡Ah, sí! Ya sé... Como yo escribo tantas cartas al cabo del día, y como todas las hago así por abajo de la pierna...

PRUD.—¿Por abajo de la pierna?

SOFO.—Es costumbre allá de mi provincia. Todo lo hacemos así...

LINO.—Es claro. Los hombres de política les es difícil recordar todo lo que dicen y escriben durante el día.

SOFO.—Ajá... ¿Cómo está la política, no? En un bochinche. Todos gritan y murmuran. ¿Pero estos socialistas, qué es lo que quieren? ¿Adónde nos llevan?

LINO.—Aquí están las cosas que arden. ¿Allá también?

SOFO.—Preguntéselo a mi papá, que es allá, como quien dice, el que tiene la sarten agarrada por el mango. ¡Pregunteselo!

PRUD.—No hay necesidad.

LINO.—Basta con su palabra. Pasando a otra cosa. ¿El señor era muy amigo del padrino de su hijo?

ALCI.—¡Como no!... Desde la infancia; nos conocemos desde chiquitos, nos queremos como hermanos. Precisamente el domingo fué a casa para despedirse de mí.

LINO.—Pero, como... ¿dónde lo visitó?

ALCI.—En Catamarca, pues.

LINO.—Pero si don Mardoqueo murió hace la friolera de veinte años, su hijo tendría un año en ese entonces.

SOFO.—(¡Una plancha para uno!)

ALCI.—¡Ah! ¿Pero usted me hablaba del pobre de don Mardoqueo? Yo le estaba hablando de don Zacarías.

SOFO.—(Vamos a ver como lo saca a Zacarías).

ALCI.—Mardoqueo fué padrino de bautizo y Zacarías de confirmación.

LINO.—¡Ah!

ALCI.—Yo siempre hablo de los vivos, no me gusta perturbar la paz de los muertos.

LINO.—Hace usted muy bien.

PRUD.—Pero su hijo tiene solamente veinte años, ¡qué desarrollado!

SOFO.—(¡Zás! Aquí te quiero ver escopeta.)

ALCI.—Desde chico... desde chico... fué... desarrollado... A los dos meses ya tenía dientes, y a los cuatro caminaba solo...

PRUD.—En cambio su prometida, es una figurita... Una monadita.

SOFO.—Es el aire y la tierra. Usted siembra aquí una semilla de rábano y aparece un espárrago. La siembra en Catamarca y saca una chirimoya.

PRUD.—Ja... ja... ja... ¡Qué ocurrente!

ALCI.—Al señor Martínez me parece conocerlo. Si no me equivoco, Vd. es secretario del ministerio de Agricultura.

MART.—Nó señor. Del de Relaciones Exteriores.

ALCI.—Eso es. Ahora me acuerdo. A Vd. me lo presentó Roque, cuando, aquella famosa intervención a Santa Fe.

MART.—Sí... me acuerdo, así muy vagamente. Yo soy muy mal fisonomista.

ALCI.—En cambio yo, me presentan una persona y no se me borra más.

MART.—Con todo. Me repito de Vd.

ALCI.—Gracias.

LINO.—¿Y siempre usted actúa en política , don Alcibíades?

ALCI.—Nó... ahora nó... Me he retirado completamente de la política. Ahora trato en que pasen los últimos años de mi vida lo más tranquilamente posible. Y ya algo he conseguido; por lo pronto, no tengo ninguna preocupación que me aflija. Mi posición es bastante desahogada, el doctor lo sabe. Estoy en buenas relaciones con mis amigos y enemigos políticos... ¿Qué más puedo aspirar? Ahora se casa mi hijo y quedaré solo... Pienso viajar, viajar mucho... conocerlo todo. París, Berlín, Italia, España... La China! ¡Oh! la China, sus costumbres, sus refinamientos. ¡Todo lo de la China me encanta!

LINO.—Y piensa casarse pronto el joven?

SOFO.—Cuando mi papá quiera.

ALCI.—Lo más pronto posible. Mañana mismo si se pudiera. Así quedo libre y aprovecho el viaje que hace la señora del ministro de Londres para acompañarla. Dice que me va a mostrar todo... los encantos, todos los rinconcitos de su tierra para que yo vuelva bien impresionado de ella. ¡Ah! Por ahora el niño se casará por el registro civil... más adelante por la iglesia.

LINO.—Esas cosas sería conveniente que Vds. las trataran con la novia. Ella dirá.

PRUD.—¿Por qué por la iglesia no? ¿Ustedes no son católicos?

ALCI.—Como nó, señora. Pero quisiera que se casaran por al iglesia en Andalgalá... allá todos nos conocen y el pueblo quiere hacer una fiesta la noche de la boda.

PRUD.—¡Ah!

LINO.—Voy a llamarla... Con el permiso de Vds. ¡Ernestina! ¡Ernestina!

PRUD.—Lleva Vd. por compañera una chica que es una monada. Inteligente, laboriosa, muy amiga de su casa. Nosotros, mi esposo y yo, la queremos como una hija verdadera.

SOFO.—Yo, señora, haré todo lo que esté de mi parte, para que mi esposa no extrañe las bondades de ustedes.

ALCI.—En mi hijo hallará un modelo de marido. No fuma, no juega... no... En fin... Vds. verán.

ESCENA VIII

DICHOS y ERNESTINA (de su habitación)

LINO.—¡Ernestina! mi buena Ernestina. Voy a tener el alto honor de presentarte al señor Alcibíades Ovejero, y a su hijo Calamandro, tu prometido.

ERNE.—¡Señor Alcibíades, tanto gusto!...

ALCI.—El gusto es mío.

ERNE.—Señor Calamandro, tanto placer!...

SOFO.—Señorita, beso a Vd. las manos.

ERNE.—Y yo a Vd. los pies.

SOFO.—(¡Zás! Todavía no nos hemos casado y ya empieza por ahí. Será costumbre en Buénos Aires).

ERNE.—Tomen ustedes asiento. ¿De que se trata?

LINO.—De tu matrimonio. El señor es...

ERNE.—Mi prometido, ¿verdad? No está mal... Muy simpático... y atrayente... Y yo que le parezco... ¿Le agrado?

SOFO.—Regular... Regular no más. Un poco flaquita.

ALCI.—Ya me encargaré yo en engordarla, con esas empanadas que hace la tía Agamenona allá en Andalgalá. ¿No es cierto, señorita?

ERNE.—Yo soy loca por las empanadas.

ALCI.—¿Han visto? Lo mismo que su tío. Era loco por las empanadas y por el dulce de chantraska. ¡Pobre Mardoqueo, quién diría que se ha muerto! Si me parece que lo estoy viendo montar sobre su tordillo diciéndome "hasta luego".... y hasta hoy no lo he vuelto a ver más.

PRUD.—¡Lo que es la vida!

ALCI.—En fin... ¿Tiene un cigarrillo, doctor?

MART.—(**Dándoselo**). Sírvase.

ERNE.—¿Y el joven está muy apuardo por casarse conmigo?

SOFO.—Cuando usted quiera.

ERNE.—Por mí, mañana mismo si le parece... (Yo no sé que tiene este hombre en los ojos, doña Prudencia, que me cautivan).

SOFO.—Bueno.

ERNE.—El doctor Martínez será nuestro padrino... Si es, que quiere...

MART.—Como no voy a aceptar su gentil invitación. De mil amores, señorita Ernestina.

ALCI.—Pero nada de bochinches, que la cosa sea lo más íntima posible. Me revientan las reuniones familiares. ¿Y a usted don Lino?

LINO.—¿A mí? Todo lo contrario, me agradan mucho. Pero si son sus deseos que la fiesta sea lo más íntima posible, yo no tengo ningún inconveniente.

ALCI.—Nosotros allá, estamos acostumbrados... a decirnos, ¿cómo te va? Y al cuarto de hora, responde la visita. — Bien, ché... y a la media hora". — ¿Qué calor, no? A las dos horas ¿Has visto? Hasta que nos despedimos encantados de la visita y de lo que hemos conversao.

ERNE.—¡Qué gracioso! Me parece que voy a tener un papá político de los que me gustan a mí...

SOFO.—No le vaya a dar mucha confianza porque es medio safao.

ERNE.—Ja... ja... ja...

ALCI.—No crea, señorita. Yo no me meto donde no me dejan.

MART.—Este... ¿Qué les parece si nos pusiéramos de acuerdo para la boda? Por lo pronto yo seré el padrino.... Siempre que don Lino no se ofenda, y la madrina doña Prudencia.

PRUD.—¡Cómo nó!

LINO.—Yo encantado... Quieren pasar a mi gabinete particular? Para arreglarlo todo y poder invitar a los señores con una copita de champagne.

ALCI.—A sus órdenes.

ERNE.—Ofrézcame el brazo, señor de Calamandro.

SOFO.—(**Dandóselo**) ¿Vamos bien?

ERNE.—Pero muy bien.

SOFO.—¿No me la darán adentro?

ERNE.—No pierda V. cuidado.

MART.—Señora. Más bien dicho, comadre. Porque yo seré su compadre.

PRUD.—¡Ja... ja... ja...! Es cierto. Seremos compadres.

LINO.—Pasen los novios. (**Entran los novios**).

ALCI.—Los padrinos. (**Id. Martínez y Prudencia**).

LINO.—Ahora usted, don Alcibíades.

ALCI.—De ninguna manera. Pase V., don Lino.

LINO.—Después de usted.

ALCI.—Se lo ruego.

LINO.—Muchas gracias. (**ms.**)

ALCI.—(**Solo**) Que paliza nos van a dar aquí. (**ms.**)

ESCENA IX

CRIADO, CALAMANDRO y DOÑA REMIGIA

CRIA.—¿A quien tengo el honor de anunciar?

CALA.—Al señor Calamandro Ovejero y a su señora madre doña Remigia de Ovejero.

CRIADO.—¿Quieren ustedes tomar asiento? (ms. criado).

TELON

ACTO II

La misma decoración del acto primero. — En la sala damas y caballeros

ESCENA I

DON LINO y ERNESTINA (al lado del escritorio con los OFICIALES 1o. y 2o. que entran. Al otro costado, MARTINEZ y ALCIBIADES

MART.—¿Y usted no teme don Alcibíades que se vuelva a presentar otra vez el verdadero Calamandro?

ALCI.—Aunque se presentara me es lo mismo, lo tengo puesto en un bolsillo. Figúrese usted que ayer se fué completamente convencido de que yo era don Lino, el tutor de Ernestina. ¡Ja... ja... ja...! ¿Qué le parece? Y me lo saqué de encima con pocas palabras.

MART.—Es usted un hombre como no hay dos.

ALCI.—Deje usted que corran las cosas como yo quiero y verá usted que no encontrará palabras para agradecerme todo el bien que le hago.

MART.—En usted confío.

ALCI.—Esté tranquilo.

OFIC. 1o.—¿Cómo se llama la novia?

ERNE.—Ernestina Albornoz de Calandreli.

OFIC. 1o.—¿Edad?

ERNE.—Veinte años, soltera.

OFIC. 1o.—Muy bien. ¿El novio?

ALCI.—El novió ahora viene, se está afeitando. Ustedes, pueden pasar a la sala, yo le daré al señor oficial todos los datos que necesite de mi hijo.

LINO.—Don Alcibíades, este sobre es para su hijo.

ALCI.—¿De qué se trata?

LINO.—Nuestro regalo de boda. Un chequecito al portador, para su hijo.

ALCI.—¡Ah! Muchas gracias en nombre de él. (Mutis a la sala, Ernestina, Lino y Martínez).

OFIC. 1o.—¿Cómo se llama el novio?

ALCI.—Sofonias Garrote, soltero, 24 años.

OFIC. 1o.—¿Profesión?

ALCI.—Periodista.

OFIC. 1o.—¿Su padre?

ALCI.—Su padre soy yo. Alcibíades Garrote, viudo.

OFIC .1o.—¿Profesión?

ALCI.—Profesión: Corredor de bolsas (vacías).

OFIC. 1o.—¿Y su madre?

ALCI.—¿Mi madre? Buena, gracias. No tiene oficio.

OFIC. 1o.—Digo, la madre de su hijo.

ALCI.—Murió en el 83 cuando el cólera. ¿Se recuerda? ¡Pobrecita, era una santa!

OFIC. 1o.—Está bien.

ALCI.—¡Ah! Vea señor oficial, por encargue de los novios y de todos, me han pedido que no diera lectura a los nombres. Que usted les hiciera conocer la ley del matrimonio y nada más. (Le dá cien pesos).

OFIC. 1o.—¿Qué es esto?

ALCI.—Un canario para usted y un pichón para su secretario.

OFIC. 1o.—Es que nosotros...

ALCI.—Esto queda entre los tres. Ni una palabra más.

ESCENA II

DICHOS, DOÑA PRUDENCIA, ERNESTINA, MARTINEZ, INVITADOS, etc., etc. y LINO

PRUD.—(Entrando) ¿Y ya estamos listos?

LINO.—¿Dónde está el novio?

PRUD.—¿Y su hijo?

ALCI.—Tome. (Le da una llave). Lo encerré en el cuarto de baño, porque se quería escapar. (A Martínez) Traigalo usted.

MART.—En seguida (mutis).

INVI. 1a.—¿Estás contenta Ernestina?

ERNE.—No del todo.

INVI. 1a.—¿Y entonces por qué te casas?

ERNE.—Por conveniencias sociales y positivas querida, que han cuartiado mi voluntad.

INVI. 1.a—¿Y qué dice a todo esto tu ex prometido, el doctor Martínez?

ERNE.—Que quieres que diga. Sufrir en silencio como yo, como todos.

ESCENA III

DICHOS, SOFONIAS y MARTINEZ

Sofonias con botines nuevos. — Luego en dos sillas que se han colocado ante los oficiales se sientan los novios

OFIC. 2o.—Tomen ustedes asiento. Se va a dar lectura a los derechos y obligaciones que deben tener los cónyuges.

OFI. 1o.—Los esposos están obligados a guardarse fidelidad y respeto. (Dos toques de campanilla). El novio está obligado a vivir en una misma casa y bajo un mismo techo con su mujer, y prestarle todos los recursos que le fuesen necesarios y ejercer todos los actos y acciones, y darle todo lo que ella le pida aún en caso de fuerza mayor.

SOFO.—¡Papá!...

OFIC. 1o.—Faltando el marido a estas obligaciones, la mujer tiene derecho a pedir judicialmente que aquél le de los alimentos y todo lo indispensable que debe tener un marido para con su esposa.

SOFO.—Y yo que voy a darle si no tengo nada.

ERNE.—Ni falta que le hace. Cállese.

OFIC. 1o.—La mujer está obligada a habitar con su marido donde quiera que éste fije su residencia. En caso contrario, el marido puede obligarla a que le siga."

"Armonías matrimoniales".

(Dos toques de campanilla)

"Para que exista la armonía entre los cónyuges debe: Artículo 1o.: El marido hacerle todos los gustos a la mujer, como la mujer al marido. Evitar toda contradicción. Si aquél por envates de la vida se encuentra decaído, desfalleciente y sin fuerzas morales ni materiales, la mujer debe alentarlo, debe tratar dulcemente en levantarle el espíritu, a fin de que salga airoso de la situación que lo comprometía y afligía. El marido tampoco debe de descuidar las atenciones que le debe a su mujer. Debe llenar en todas sus partes los pedidos y deseos de ésta, siempre que lo solicitado esté al alcance de sus fuerzas. La mujer debe de cuidar que haya en su hogar más entradas que salidas, pues donde existe más salidas que entradas, se produce un déficit comprometedor. (Dos toques de campanilla.)

"Moral y urbanidad".

"El derecho del marido está por encima de todas las cosas de la mujer... Quieras o no quieras, debe de agacharse ante su voluntad. Pues él está obligado a darle de comer a sus hijos. Si antes de venir uno de éstos, por falta de medios, crearán en el hogar una situación embarazosa. No debe olvidarse que el hombre es el pan y la mujer la levadura".

(Dos golpes de campanilla).

Señorita Ernestina, ¿quiere usted firmar? (firma). El novio. ¿Quiere firmar? (Una vez que haya terminado de firmar Ernestina, cambio de anillos, cuatro frases en latín). En nombre de la ley quedan ustedes matrimoniados. (Grandes felicitaciones).

LINO.—Un momento. Yo también quiero llenar una obligación. **(Abre la caja de hierro y quema el testamento).** ¡Ahora a vivir!... Los invito a que pasemos al comedor a beber champagne. **(Mutis todos derecha. Don Alcibíades despide a los Oficiales. Mutis éstos foro).**

ESCENA IV

ALCIBIADES, luego CRIADO y MARGARITA

ALCI.—**(Refregándose las manos).** Esto marcha a pedir de boca. Sofonías millonario, ni Dios se lo quita.

CRIA.—**(foro)** Pase, señorita.

MARG.—**(id.)** ¡Señor!...

ALCI.—¡Señorita!...

CRIA.—La señorita pregunta por don Lino. **(Mutis).**

ALCI.—Pase ya. Tome usted asiento.

MARG.—He recibido esta esquela, en la que usted me solicita para dar lecciones de amor.

ALCI.—¡Ah! ¿Es usted Margarita Lerma?

MARG.—Efectivamente. La misma. ¿Y usted don Lino?

ALCI.—El mismo.

MARG.—Tanto gusto.

ALCI.—(¡Qué chirimoya!) Yo la he mandado llamar a la señorita para que le dé lecciones a un hijo mío que no sabe nada de nada. Todo lo ve como en Siberia, con una frialdad espantosa. Yo desearía, si fuera usted tan amable, que le enseñara, ¿cómo podría decirlo? Que lo hiciera...

MARG.—Me supongo lo que el señor desea. Que hiciera entrar a su hijo por el aro del amor.

ALCI.—Eso es. Entrar por el aro del amor.

MARG.—¿Qué edad tiene?

ALCI.—Veinticuatro años. Una monada.

MARG.—¡Veinticuatro años, ¡qué horror! ¿Sin saber lo que es amor?... Es particular.

ALCI.—¿Muy particular, verdad? En eso no se parece a mí... Yo no se a quien saldrá ese muchacho.

MARG.—¿Y usted cree que yo... con esta cara... podré convencer al muchacho?

ALCI.—Si no lo convence usted no hay quien me lo levante. Lo único que lamento en estas circunstancias es no ser yo el hijo de mi padre, digo, el padre de mi hijo, tampoco. No ser yo el que debería de recibir de usted lecciones de amor.

MARG.—¿Sí? Yo por lo pronto puedo asegurarle a usted que hasta hoy no me ha fallado ni uno. A más de mis dotes personales, poseo métodos eficacísimos para el caso, como ser...

ALCI.—No me lo diga usted, no me lo diga usted. Me basta su palabra, su conjunto y... su modo de llevarlo.

MARG.—¡Ja... ja... ja!... ¿Le parece ¿Conoce usted mi consultorio?

ALCI.—Como si lo viera, debe de ser aquello una maravilla. La desencuadernación de la Biblia.

MARG.—¡Ja... ja... ja!... ¡No está malo! Bueno. ¿Y qué hace el señor que no me presenta a ese borreguito de que recién me hablaba?

ALCI.—Y si yo le dijera que ese borreguito soy yo!...

MARG.—¡Ja... ja... ja!... ¿Le parece? ¿Conoce usted mi consultorio?

ALCI.—¡Je... je... je!... No, no, no. No se lo vaya usted a creer. Es que estando a su lado, me ha hecho usted olvidar hasta que estoy en mi casa.

MARG.—Bastante confortable, y todo de muy buen gusto. ¿Hay mujeres aquí?

ALCI.—Mi señora. ¡Una santa!

MARG.—¿Joven?

ALCI.—Regular para abajo. ¡Tiene mi edad!

MARG.—¿Su hijo se parece a usted?

ALCI.—Es mi retrato en pinta y colores. Lo que sí el mío lo ha descolorido un poco el sol.

MARG.—Entonces no debe ser mal parecido.

ALCI.—¿Usted cree? Je... je... je...

ESCENA V

DICHOS, CALAMANDRO y CRIADO

CRIA.—(por el foro) Pase usted, señor. (Mutis.)

ALCI.—(¡El de Catamarca!)

CALA.—Señor don Lino Almada. Tengo el gusto de saludar a usted.

ALCI.—Del mismo modo. ¿Cómo le va yendo? Esperándolo estaba. (Que conflicto.)

CALA.—¡Señorita!...

MARG.—¡Señor!

ALCI.—¡Ah! ¿Ustedes no se conocían? Yo creí que se conocían. La señorita Ernestina Albornoz; el señor Calamandro Ovejero... (saludos). El El joven es la persona de quien le hablaba recién... el del aro... La señorita sentía vivos deseos por conocerle personalmente a usted.

CALA.—Favor que me hace.

ALCI.—Tome usted asiento joven. (A parte a Margarita) Este joven tiene la santa intención de casarse con usted, siempre que se deje llamar Ernestina. Se trata de una fortuna considerable. Voy a dejarlos un momento solos a ustedes, para que conversen libremente. Quedan ustedes en su casa. (Virgen del Valle ,no me arruines el pastel.) Con permiso, voy a atender a mis otros invitados. (Mutis al salón).

MARG.—¿El joven es provinciano?

CALA.—Sí... de Catamarca. ¿La señorita es porteña?

MARG.—Porteña, pero muy francesa en mis cosas. ¿Quiere usted echar humo?

CALA.—Gracias, no acostumbro.

MARG.—Es raro en un hombre...

CALA.—Y en una señorita también.

MARG.—¿Le parece? Pues ya hace tiempo que está en moda. Y, dígame joven: arrímese usted más. ¿Es cierto eso que se dice, que usted siente aberración por las mujeres?

CALA.—¡Yo!

MARG.—Sí: usted. No se haga el sorprendido.

CALA.—Me parece que la señorita se equivoca.

MARG.—¡Oh! No se extrañe usted... soy tan franca en mis cosas... todo lo que pienso lo digo... ¿Usted ha besado alguna vez a una mujer?

CALA.—¡Señorita!

MARG.—Dígalo usted sin reparo. ¿Ha besado alguna vez?

CALA.—Sí... he besado.

MARG.—¿Y a mí me besaría? No se corte usted. Soy muy afrancesada en mis cosas. ¿Me besaría usted y en este lunar?

CALA.—Yo no se que contestarle, señorita. ¿Por qué me pide eso?

MARG.—Para saber si efectivamente usted nos tiene aprensión.

CALA.—¡Oh! Le juro que no. Pero... ¿también es moda que las señoritas pidan besos?...

MARG.—¡Qué atrazado vive usted mi buen amigo! Suele de un beso salir una chispa de amor. Y creo que es lo que deseamos los dos, sacarnos chispas para formar una hoguera.

CALA.—Si usted lo dice...

MARG.—Es que así debe ser. Otra pregunta: ¿Ha tenido novia alguna vez?

CALA.—Creamelo, señorita, se lo confieso con toda ingenuidad. No he tenido novia.

MARG.—¿Y simpatías?

CALA.—Simpatías, sí... que hombre no las ha tenido, sobre todo a esa edad, en que todo se ve de color de rosa?...

MARG.—Ahora sí, me parece que vamos a ser muy buenos amiguitos. Ya me extrañaba que usted no hubiera sentido la necesidad de amar, y de verse amado. ¿Qué cosa más hermosa hay en la vida que el amor? ¡Nada! A él le debemos lo que somos, lo que sentimos, lo que deseamos. Entonces,

¿por qué pretende usted despreciarnos a nosotras, si llevamos en el alma, en los labios, la vida de amores interminables?...

CALA.—¿Y quién le ha dicho a usted que yo no lo sienta así? Le aseguro a Vd. que en este momento soy un ferviente adorador de su belleza y de todos los encantos que usted reune con ese su modo de ser tan espiritual por momentos, y tan extraordinario siempre. Le confieso que creía que era usted una de esas niñas criadas entre cuatro paredes, llenas de Aves Marías, pero he quedado gratamente sorprendido al encontrarme en lugar de un manojo de ingenuidades, con una señorita tan llena de atractivos y de refinamientos que me encantan, porque se sentirlos y apreciarlos en todo...

MARG.—¿De veras?

CALA.—Puedo asegurarle que usted es la primera mujer que me interesa. Usted no se imagina las veces que he soñado allá en mi provincia... en encontrarme así a su lado, mirándome en sus ojos... adorándola. Deseando vivamente esta entrevista, para hacerla a usted dueña de mi vida, de mi alma, de todo lo que tengo.

MARG.—¿Y qué es lo que tiene usted?

CALA.—Ahora, mi corazón a sus pies.

MARG.—¿Y qué más?

CALA.—Y mi fortuna, siempre que usted se case conmigo por amor.

MARG.—Pues, mi buen amigo, puedo asegurarle que a usted sin conocerlo, lo presentía. Acepto su proposición, sus palabras de fuego me convencieron... Siempre lo había dicho, para que yo me case, tiene que ser con un hombre muy ardiente y de acción. Desde hoy le declaro a usted mi marido.

CALA.—Y yo mi digna y encantadora esposa. Trato hecho.

MARG.—Trato hecho. **(Se dan la mano).**

ESCENA VI

DICHOS, MARTINEZ y ALCIBIADES

MART.—¡Margarita!

MARG.—¡Horacio!

MART.—¿Usted aquí?

MARG.—Sí, yo aquí. ¿Qué tiene de particular? Ni se por qué se sorprende.

MART.—¡No... nada! Señor...

ALCI.—El señor Calamandro Ovejero. El doctor Martínez. **(Presentándolos).**

CALA.—¡Señor!

MART.—¡Señor!

MARG.—Que milagro encontrarnos aquí.

MART.—Soy muy amigo de... Don Lino **(señalándolo a Alcibíades).** A quien visito muy a menudo. ¿No es cierto don Lino?

ALCI.—Aquí lo recibo como en su casa.

CALA.—Tengo el agrado de comunicarle don Lino, que ya existe entre la señorita y yo, un juramento de amor.

ALCI.—¿Cómo?

MART.—No puede ser.

MARG.—¿Quién me lo prohibe?

MART.—¡Yo!

MARG.—¡Ja... ja! No haga caso Calamandro. Bien lo sabe el doctor que yo soy libre de mis actos y que nadie tiene derecho sobre mi persona. Me caso con el señor porque así lo siento y porque así lo quiero.

CALA.—Supongo que el señor Lino Almada no tendrá nada que objetarnos?

ALCI.—Absolutamente nada. No tengo inconveniente. Cásense no más.

MART.—Es que usted ignora todo el cariño que le profeso a la señorita. Hará como diez años que nos conocemos, que todas mis ansias de amor estaban cifradas en ella.

ALCI.—¡Y que le vamos a hacer!... las cosas vienen así y no hay otro remedio que tener paciencia... A usted este matrimonio le conviene... Se saca a dos de encima y se queda solo con la otra.

MARG.—¡La otra! ¿Qué otra?

ALCI.—¡Cómo! ¿no lo sabía? El doctor Martínez tiene novia. **(Martínez pide silencio).**

MARG.—¡Novia! ¿Qué novia?

ALCI.—(¡Ya metí la pata!...) Tenía, pero se murió.

MAR.—¿Quieren dejarme sola con este caballero? Acompañelo don Lino a Calamandro. Un segundo, alma mía... Y convenzalo don Lino, que de mi parte no existe inconveniente alguno en casarme con su hijo.

CALA.—El señor no es mi padre.

ALCI.—Pero como si lo fuera, hijo mío. Ella sabe que yo a usted lo estimo como a un hijo. Pasemos a la sala. Quiero enseñarle unos cuadros que tengo de Murillo, de Rafael... Verá usted.

CALA.—¿Tiene cuadros de Velazco?

ALCI.—Que sabe el mueblero ese de pinturas. **(Mutis Alcibíades y Calamandro a la sala).**

MART.—Vamos a hablar bien claro, mi buena Margarita. ¿A qué has venido a esta casa? ¿Cómo te has presentado?

MARG.—Muy fácilmente. Recibí esta carta donde me piden que venga a dar lecciones de amor a un joven que lo desconoce en absoluto. Te puedes figurar la gracia que me habrá hecho todo esto. Me vine, me recibió ese señor provinciano, me presentó a ese joven para que le diera lecciones, y en eso estaba cuando te presentaste tú como por encanto. Y, eso es todo.

MART.—¿Pero, lo del casamiento es en serio?

MARG.—¡Y cómo no va a ser en serio!... No es poca mi suerte encontrar un hombre que cargue conmigo, joven, de fortuna y que está dispuesto a hacerme respetar en todas partes.

MART.—¿Y yo?

MARG.—Tú, con tu novia, ¿no dicen que tienes novia?... Pues me alegro... Ya ves, sin pensarlo ni quererlo, nos hemos pagado con la misma moneda.

MART.—Por Dios,no fumes aquí. Pero si yo es a tí sola a la que he querido siempre... ¡Oh! no me dejes Margarita mía, no seas tan cruel conmigo. Yo te amo. No podría vivir lejos de tí.

MARG.—¡A cuántas les dirás lo mismo! ¡Oh, los hombres!... que bien hago en reirme de ellos... ¿Dónde vive tu novia? ¿Quién es?

MART.—Pero si no tengo, son mentiras del viejo ese... Si tú eres la única dueña de mi amor... Vámonos de aquí... Podría verte la dueña de la casa... Vámonos, Margarita.

MARG.—Contigo, no, tú no me has traído... Si me retiro, será en compañía del otro.

MART.—¡Oh! Es que tú quieres volverme loco. No seas malita mi vida. No me hagas sufrir horriblemente. Yo te quiero, te juro que nunca te olvido, alma mía. Te acompañaré hasta tu casa.

ESCENA VII

DICHOS, ERNESTINA y SOFONIAS

ERNE.—**(Sorprendiéndolos)** Muy bien, muy bien, doctor Martínez.

MART.—Este... Señorita...

ERNE.—Señora. No olvide usted que éste es mi marido. Presenteme a la señorita.

MART.—Le presento a usted — según ella — a la futura esposa del señor Calamandro Ovejero.

SOFO.—¿Cómo? Con esa también tengo que casarme yo? No puede ser doctor Martínez.

ERNE.—¡Ajá! Tanto gusto.

MARG.—El gusto es mío, señora.

ERNE.—Pero su nombre, señorita.

MARG.—Margarita Lerrúa.

ERNE.—¡Oh! ¿Es usted Margarita Lerrúa? La conocía mucho de nombre. Con que Margarita Lerrúa. ¿Y qué es de usted el doctor Martínez? ¿Uno de sus admiradores?

MART.—Voy a ser el padrino de casamiento de la señorita. Siempre que usted así lo acepte.

ERNE.—¿Sí? ¿Cómo va a rehusar? Todos los días no se encuentra un padrino como usted. Tan expléndido, tan afectuoso, demasiado afectuoso, me parece, ¿no?

MARG.—(Es un bandido y no lo comprendo.) Figúrese usted que recien me rogaba que no me casara con Calamandro, y ahora, y ahora se ofrece en salir de padrino; ¿qué curioso, no?

ERNE.—Pero, no se si la señorita sabrá que Calamandro es mi esposo.

MARG.—¿Su esposo? No me ha dicho una palabra.

ERNE.—¿No es cierto, amor mío? ¡Ricura mía!

SOFO.—Sosiéguese. Estese quieta.

MART.—¡Señora Ernestina!

ERNE.—¡Ja... ja... ja!...

MARG.—Pero si Calamandro me acaba de asegurar que era soltero. Que ni siquiera había tenido novia.

SOFO.—Usted está macaneando, señorita. Calamandro no le ha dicho nada de eso. ¡Me lo va a decir a mí! (Todas se quieren casar conmigo ahora).

MARG.—Créamelo, señora; hace un momento estaba a mis pies como un perrito. Hasta fué él el que se ofreció casarse conmigo sin que yo se lo pidiera.

ERNE.—¿Cómo es eso, amor mío?

SOFO.—No le haga caso. Si yo apenas puedo con una, como quiere que me apunte con dos.

ERNE.—No te enojes, no te enojes, amor mío.

MART.—Señora Ernestina, eso es abusar.

MARG.—¿Y tú que dices a todo esto? Parece que te interesa más la nerviosidad de la señora que las ofensas que me dirige ese caballero.

ERNE.—No se incomode usted, señorita. Aquí no faltan caballeros que recogan las ofensas cuando estas son dirigidas a una dama. El doctor Martínez le mandará los padrinos a mi esposo.

SOFO.—(A Ernestina) Señora, este no es el trato. Usted no tiene ningún derecho de disponer de mis cosas, como si fueran propias y menos cuando se trata de mi pellejo.

ERNE.—Y si yo evitara el duelo y te salvara la vida... ¿qué harías tú por mí?

SOFO.—Siendo así, todo lo que usted me pida.

ERNE.—Yo quisiera que me amaras ardientemente.

SOFO.—Usted sabe que no puedo.

ERNE.—¿Y poniendo un poco de buena voluntad?

SOFO.—Vamos a ver...

MART.—Señor Sofonias. Yo a usted lo mato de un pistoletazo.

SOFO.—¿No ve? Ahora es el doctor el que la tiene conmigo y a quien le debo tantos servicios. Pues, señor, aquí parece que yo fuera el negro del Parque Japonés, que por veinte centavos todos tienen derecho en sacudirle 50 pelotazos en la cabeza. Yo voy a poner las cosas en claro. Escúcheme señorita.

MART.—Cállese usted.

SOFO.—No quiero. Lo que pasa aquí es que el doctor Martínez es el novio de mi mujer, y mi mujer la novia del doctor Martínez y entre los dos, como vulgarmente se dice, me la quieren ahora dar con queso.

MARG.—¿Y usted no tiene reparo en confesarlo?

SOFO.—Y yo que quiere que haga, desde antes de casarme lo sabía.

MARG.—Pero usted no debe de permitir eso. Sepa usted que el doctor Martínez, tiene compromisos muy íntimos conmigo y quisiera conocer a la novia para decírselo.

SOFO.—¡Ah! ¿Entónces quiere decir que usted quiere también casarse conmigo para dármela con el doctor Martínez?

MARG.—No es con usted con quien debo casarme yo.

ERNE.—¡Ah! ¿Con qué el doctor Martínez tiene relaciones muy íntimas con usted?

MARG.—Sí, señora; aunque hago muy mal en decirlo, no quiero ne-

garlo. Hace muchísimos años que somos muy buenos amigos, y que nos amamos.

ERNE.—¿Y qué dice a todo esto el doctor Martínez?

MART.—¡Ernestina!

ERNE.—Esto es indigno, intolerable. Sepa señor que desde hoy hemos terminado; queda usted en completa libertad de amar a quien quiera. Yo me dedicaré por entero a mi marido.

MART.—¡Señora!

ERNE.—Aquí no hay señora que valga. ¡Canalla! ¡Farsante! ¡Engañarme a mí!

MARG.—Pero... ¿qué significa esto? ¿Se puede saber? ¿Tú engañaste a esta señora? ¿Quién es?

ESCENA VIII

DICHOS, ALCIBIADES y CALAMANDRO

ALCI.—(**Entrando con Calamandro**) ¡Hola, hola, hola! Así me gusta encontrarlos a ustedes todos reunidos y contentos de haber nacido.

SOFO.—(**Bajo a su padre**) Papá, me quieren hacer casar otra vez. Vámonos.

MARG.—Señor... a su hijo se la pegan en sus barbas.

MART.—Con usted tenemos que hablar muy seriamente. No lo tiro por el balcón por respeto a la casa.

ERNE.—Don Alcibíades, saque usted a esa mujer inmediatamente de aquí, sino quiere que lo arañe.

CALA.—¿Quiere usted explicarme qué quiere decir todo este cuchicheo?

ALCI.—Nada... nada... Los muchachos que tienen ganas de chacotear... No haga usted caso. Tomemos asiento, que yo pondré las cosas en su lugar.

MARG.—(**A Calamandro**) Tengo que felicitarlo a usted por haberme engañado tan ingeniosamente. Había sido usted casado y me lo ocultaba.

CALA.—¿Yo casado? ¿Quién le ha mentido a usted?

MARG.—Su señora.

CALA.—¿Mi señora? Yo no tengo señora.

SOFO.—No haga caso, señor. Desde hoy esta señorita no acierta ni una.

MARG.—(**A Ernestina**) ¿No decía Vd. que su esposo era Calamandro Ovejero?

SOFO.—Calamandro Ovejero soy yo.

CALA.—Calamandro Ovejero soy yo.

SOFO.—¡Yo!

CALA.—Yo, señor.

SOFO.—En que quedamos doctor. ¿Quién soy yo?

MART.—¿Y tengo que decirlo yo? Usted es el marido de la señora y usted el novio de la señorita.

CALA.—¿Ha oído usted? (**A Margarita**) ¿Me creía usted capaz de engañarla en su propia casa? Tengo una sola palabra, señorita Ernestina.

SOFO.—Ernestina es mi mujer. Está casada conmigo.

CALA.—(**A Margarita**) ¡Cómo! ¿Vd. es la esposa del señor?

MARG.—¿Yo? ¿Qué esperanza; ni sé quien es ese joven, y créame que no me aventuro al decir que no sabe lo que dice.

SOFO.—La que no sabe lo que dice es usted.

CALA.—Tenga la bondad de medir sus palabras, caballero. No le permito que desmienta a esta señorita.

SOFO.—Enojese usted también y démela. (Todos las tienen conmigo.)

ERNE.—¿Pero en que quedamos? (**A Calamandro**) Si usted es el novio de la señorita, ¿qué viene a ser de usted el doctor Martínez?

SOFO.—El doctor Martínez es novio de mi mujer y medio marido de la novia del señor, ¿no es así?

CALA.—El señor no es nada mío.

SOFO.—¿Cómo qué no es nada? Si ella acaba de confesar que tenía relaciones muy íntimas con el doctor. ¿En qué quedamos entonces?

CALA.—(**Parándose**) Esto ha terminado, señores. Aquí parece que todos ustedes se han confabulado para reirse de mi persona, y esto no lo

permito de manera alguna. (**A Alcibíades**). Señor don Lino Almada, es preciso que usted me explique qué significa esta comedia, la razón de todos estos equívocos; le ruego que me de una explicación señor Don Lino Almada.

ESCENA IX

DICHOS, CRIADO

CRIA.—Señores. El señor Lino Almada, reclama la presencia de Vds. en el comedor. (**Todos miran a don Alcibíades**).

CALA.—(**Después de una pausa**). ¿Todavía esto? ¿Entónces usted quién es?

ALCI.—Si usted duda hasta de mi persona. Le ruego que se lo pregunte a la señorita. (**Por Margarita**).

MARG.—Este señor es don Lino...

MART.—Almada... Tutor de la señorita.

MARG.—¿Mío?

ERNE.—Mío.

SOFO.—Ese es mi papá.

MARG.—¿Su papá?

CALA.—¡Pero... cómo!

ALCI.—Un momento. No hablemos todos a un tiempo que nos vamos a confundir.

CALA.—Permítame una palabra.

ALCI.—Tiene la palabra el señor.

CALA.—Deseo saber quién es ese otro Lino Almada que reclama la presencia de ustedes en el comedor.

ALCI.—Ese otro... Ese otro, es mi otro hijo mío. Lino Almada hijo. La confusión la ha traído el criado por haberse comido el hijo.

CALA.—Pero con todo...

SOFO.—Ahora voy a hablar yo. Ese señor no es...

ALCI.—Usted se calla la boca, no le he dado la palabra.

ESCENA X

DICHOS, LINO y PRUDENCIA

LINO.—(**Saliendo, saluda a Margarita y Calamandro**). Pero, ¿se puede saber lo que hacen ustedes aquí y no nos acompañan a cumplimentar a nuestars realciones en el comedor?

PRUD.—Don Alcibíades, quiere permitirme su brazo... ¿No me oye, don Alcibíades?

LINO.—Y usted mi querido Calamandro Ovejero lleve a su esposa al comedor, se extraña la prolongada ausencia de ustedes.

CALA.—Discúlpeme señor... usted me confunde. Yo no soy casado.

LINO.—(**A Alcibíades**) ¿Quién es ese señor? ¿Por qué no me lo presentan?

ALCI.—(**Bajo**) Es un pariente mío, medio loco.

LINO.—¡Un loco!

PRUD.—¿Y esa otra señora?

ALCI.—La mujer del loco.

LINO.—¿Y qué han venido a hacer aquí?

ALCI.—A felicitarnos.

LINO.—¡Ah!

CALA.—Este... (**a don Lino**). ¡Señor! ¿Quiere permitirme una palabra?

LINO.—Dos también.

CALA.—Para salir de una duda. ¿Quiere darme su nombre y apellido, señor? Su verdadero nombre.

LINO.—¡Cómo no! Lino Almada.

ALCI.—Hijo.

LINO.—Lino Almada.

ALCI.—Hijo de su padre.

LINO.—¿Hijo de quién?

ALCI.—Mío. Mío no. (Diga usted hijo de su padre.)

LINO.—Así es. Yo soy, Lino Almada, hijo...

CALA.—Muy bien. ¿Quiere decir entonces que usted es hijo del señor?

LINO.—Tiene gracia. Yo hijo de usted.

ALCI.—Está loco.

LINO.—(**En broma**). Sí, señor; yo soy hijo del señor. ¡Je... je... je!... ¿Nos parecemos, no? ¡Je... je... je!...

CALA.—No se mofe usted señor. Permítame. Yo soy Calamandro Ovejero.

LINO.—¡Je... je... je!... ¿Usted es él?... ¡Je... je... je!... (Que loco lindo).

CALA.—No señor. Yo soy yo. Ese señor no es Calamandro Ovejero, ni ese otro (**por Alcibíades**) señor, es Lino Almada. Ni usted es hijo de él. Aquí pretenden todos ustedes reirse de mí, pero se equivocan caballeros, no están ustedes tratando con ningún fantoche.

ALCI.—¡A ese hombre le va a dar un ataque!

LINO.—Parece que si.

CALA.—Sí, un ataque y de rabia, porque lo que están haciendo conmigo no tiene nombre y han terminado con mi paciencia y con el respeto que ustedes me merecían. ¡Simuladores! ¡Farsantes! ¡Deshonestos!

ALCI.—Póngale una camisa de fuerza.

SOFO.—¡Está loco!

LINO.—¡Agárrenlo!

MART.—¡Sujétenlo!

ERNE.—¡Pronto un médico!

MARG.—¡Llamen a la Asistencia Pública!

ALCI.—Llévenlo mientras al cuarto de baño.

PRUD.—¡Qué escándalo! ¡Pobre hombre!

ESCENA XI

DICHOS, CRIADO y DOÑA REMIGIA

REMI.—(**Entrando**) ¿Qué es esto? (**dirigiéndose a Calamandro**) ¿Qué pasa hijo mío?

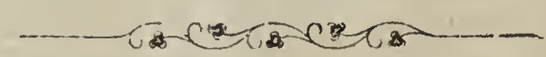
ALCI.—(**Asombrado**) (¡Mi mujer! ¡Esa es mi mujer!)

SOFO.—(**Precipitándose a doña Remigia**) ¡Mamá!... Mamita dame un beso.

ALCI.—Y a mí un abrazo.

REMI.—¡Caballeros!...

TELON.



ACTO III

ESCENA I

ERNESTINA y MARTINEZ

MART.—Lo que estás haciendo conmigo, no tiene nombre... Te burlas de mí sin reparo alguno, en mi misma cara. En el almuerzo no has hecho otra cosa que hacerle cumplimientos y monadas a ese imbécil de Sofonías. Has llegado hasta acariciarlo...

ERNE.—Pero Horacio, me interpretas mal. Esas cosas las hago delante de mis tutores para despistarlos.

MART.—¿Y cuando le pisabas el pie por abajo de la mesa, era también para despistarlos? Y cuando te lo llevaste a la glorieta y estuviste charlando con él durante dos horas, ¿era también para despistar? ¿Qué le decías? ¿De qué demonios puedes hablar con un hombre que hasta cuando está parado, parece un perro sentado sobre la cola? ¡A ver! ¿Qué disculpa me das? ¡Habla!

ERNE.—Que ridículos se ponen los hombres cuando celan. Tú te haces antipático y dejas ver todo lo vulgar que eres para interpretar los sentimientos de la mujer. Dices cosas que, no se como no se me han subido los colores a la cara... porque, eso de que dudes de mi honestidad, de que

temas que me deje estar en brazos de mi marido... son cosas que no tienen nombre.

MART.—¿Cómo de tu marido?

ERNE.—Bueno, de mi medio marido.

MART.—Tampoco. Ni medio marido. Ese hombre no es nada tuyo, ni debes dejarte tocar ni un dedo por ese sinvergüenza. ¡Pues no faltaría más!

ERNE.—Es que don Lino y doña Prudencia, son terribles... No hacen otra cosa que empujarme a los brazos de Sofonias. Y en cuanto ven que nos besamos festejan las gracias como si fueran cosas del otro mundo.

MART.—¡Cómo! ¿Y Sofonias ha llegado a besarte? ¿y tú le has respondido?... ¿Pero, entonces, en qué país estamos?...

ERNE.—¿Y qué quieres que yo haga? Si no lo beso, don Alcibíades insiste y no me queda otro remedio que besarlo.

MART.—¡Don Alcibíades! ¿Pero tú le haces caso a ese señor? ¿Te has vuelto loca? Mañana mismo nos embarcamos para Montevideo, para divorciarte. Yo te acompañaré, y si ese hombre llega a mirarte, nada más que a mirarte, lo tiro al agua, y al padre también.

ERNE.—Antes de divorciarme con mi marido, tengo que hablar muy seriamente contigo, y poner ciertas cosas en claro. Primero: Para casarme contigo, tengo que tener el consentimiento de Margarita la Irresistible. Segundo: Le he prometido a mi marido hacerlo nombrar diputado por Catamarca, y por último, debo prevenirte que me encuentro muy enojada contigo, eso de que me hicieras la corte, jurándome una fidelidad única, y al mismo tiempo tenías relaciones íntimas con otra mujer, no te lo puedo perdonar, Horacio. Me has herido tan hondamente, que no puedo menos que sentirme seriamente disgustada por tu mal proceder para conmigo. ¡Engañarme a mí con otra mujer! ¡Oh! Al solo pensarlo me vienen ímpetus de suicidarme.

MART.—¡Ernestina!

ERNE.—Pero no, no me suicidaré. Quiero vengarme, quiero que sufras tú también... Por lo pronto no pienso divorciarme con Sofonias, viviré a su lado hasta tanto olvide la ofensa que me has hecho... y seas digno de mí.

MART.—¡Ernestina! Yo haré todo lo que tú quieras. Te amo demasiado para perderte. Pero quiero pedirte un favor, uno solo... No vayas a cometer una locura con Sofonias, ten lástima de mí. Tú no sabes todo lo que sufro cuando te veo cariñosa con ese infeliz...

ESCENA II

DICHOS: ALCIBIADES

ALCI.—(**Entrando**) ¡Doctor! ¡Ernestina! Pasa algo increíble, se nos cae el castillo encima. La madre de Calamandro, se ha ido al registro civil y ha averiguado todo... Quiere acusarnos... Se va a presentar al Departamento de policía... ¡Qué escándalo! Su nombre va a estar de boca en boca, el de mi hijo también. ¡Qué dirá la sociedad! ¡Qué dirán en Andalgalá! Es preciso que Vd. y mi hijo se marchen esta misma noche a Chile.

MART.—A Chile nó. A Montevideo.

ERNE.—Pero, como vamos a hacer a estas horas... Están locos.

ALCI.—Se impone al fuga. Se van a un hotel y mañana a primera hora....

MART.—Tampoco. Yo me opongo. Ernestina no se va de aquí con su hijo a ninguna parte. Se irá conmigo.

ALCI.—¡Silencio! ¡Don Lino y doña Prudencia!

ESCENA III

DICHOS: PRUDENCIA y LINO

PRUD.—(**Entrando con don Lino**) ¿Estabas aquí, hija mía?

ERNE.—Sí. Conversando amigablemente con el doctor Martínez y con mi querido papá político.

LINO.—¿Y se puede saber de qué conversaban?

ALCI.—Sí... sí... De los aeroplanos. De la volación... Ernestina dice que ella subiría en un aeroplano siempre que fuera en compañía de Fels...

PRUD.—¡Qué horror, hija mía!

LINO.—¿Y el doctor Martínez, qué dice? ¿También es amante a esa clase de sport?

MART.—Yo no puedo. A veces me subo doscientos escalones por no meterme en un ascensor. ¡Me enferman las ascensiones! En cambio el señor Alcibíades cree que llegará el día en que se vuele sin aeroplano.

PRUD.—¿Usted cree que llegaremos a eso, señor Alcibíades?

ALCI.—¿Qué si lo creo?, estoy seguro... es como un presentimiento doña Prudencia. No se porque me parece que el día menos pensado voy a salir volando desde un balcón y no voy a parar hasta romperme el alma.

PRUD.—¡Qué atrocidad! ¡Qué Dios no lo permita!

ALCI.—Eso digo yo... que Dios no lo permita.

LINO.—Y pasando a otra cosa: ¿Han tenido noticias del loco?

ALCI.—¿Qué loco?

LINO.—El de ayer... De su pariente, don Alcibíades.

ALCI.—¡Ah! ¡Ya está mejor! ¡Pobre muchacho! Parece mentira, ¿no? Tan correcto, tan educado y con esa manía. En querer ser hijo mío... ¡Cómo me quiere el pobrecito!... Usted no sabe don Lino **(llorando)** los disgustos que me cuesta ese muchacho, todo lo que me ha hecho sufrir. Lo cuido tanto, me aflige tanto su enfermedad que, si yo me encuentro viejo, se lo debo a su locura, a los malos momentos que me ha hecho pasar, pero, por eso, no dejo de darle dinero y cuidarlo como a un hijo. **(Se seca las lágrimas).**

MART.—(¡Pero qué farsante es este hombre!)

ERNE.—(¡Un verdadero comediante!)

LINO.—No se aflija don Alcibíades. Yo soy muy amigo del doctor Cabré, si quiere le doy una recomendación.

ALCI.—¿Para quién, para mí? ¡Yo no estoy loco!

LINO.—No, don Alcibíades, no faltaba más. Para el muchacho. En el manicomio lo cuidan muy bien.

PRUD.—Las cosas que decía.

ALCI.—No sería nada difícil que lo que incomodara don Lino... Si le llega a dar otro ataque al manicomio con él. ¿No le parece doctor Martínez?

MART.—Yo creo que no habrá necesidad de llegar a tanto. Yo no veo nada de malo, en que ese señor tenga la locura de quererlo a usted.

ALCI.—A veces me quiere, y otras veces le dá por quererme matar... ¡A mí, que me sacrifico por su bien!

PRUD.—¡Pobre muchacho! ¡Qué desgracia!

ERNE.—¿Y mi esposo no estaba con ustedes?

PRUD.—Sí, se quedó en el comedor, sacando un solitario. ¿Quiere saber si las cartas le dicen sí o no?

LINO.—Parece que es medio supersticioso. Dice que por momentos le parece que vuelan por el aire cuatro o cinco cachiporras. Si ve un bastón le da frío... Si se le da la mano se ataja como si le fueran a pegar. ¿Es particular, verdad?

ALCI.—Sí. Allá en la provincia todos somos muy supersticiosos... Cuando se pierde una garroteadura no se porque nos parece que la llevamos nosotros... y a veces la acertamos, ¿qué cosa, no?

ESCENA IV

DICHOS, SOFONIA (saliendo)

LINO.—¿Y?

PRUD.¡—Qué! ¿Salió, sí o nó?

SOFO.—Salió que sí.

ALCI.—¿Y qué preguntastes?

SOFO.—¡Ay, papá! No me lo pregunte. Lo de las cachiporras que vuelan por el aire, es cierto, van a caer pero no se sabe donde. Así, que ¡ojo con las cachiporras! Papá. Usted que es medio corto de vista no vaya a tropezar con una de ellas.

LINO.—Ja.... ja... ja... ¡Qué ocurrencia! Y este... como va esa luna de miel?

ERNE.—¡Ah! Muy bien don Lino... Nos pasamos las horas mirándonos y comiéndonos con los ojos... y, nada más.

SOFO.—¡Nada más! Nosotros somos así. A ella no le gusta ni a mí tampoco.

PRUD.—¡Qué raro! ¿Y como es eso?

LINO.—Ya había notado yo mucha frialdad entre Vds.... y eso no está bien... que entre dos esposos se traten y vivan como extraños.

ALCI.—Eso es una cosa que tenemos que arreglar entre nosotros doña Prudencia.

PRUD.—Yo le prometo don Alcibíades que trataré esta misma noche de que sea más estrecho ese lazo de amor, con que se une a los desposados para sentirse más el uno al otro, y amarse más si es posible.

LINO.—Es cierto, pero que no se diga amigo Calamandro que sea Vd. tan... tan, vamos que no tengo confianza con Vd. para decirle lo que quiero.

SOFO.—Dígalo no más don Lino, con confianza, yo no me enojo por eso... En dos días he cambiado de cara y de modo de pensar.

LINO.—¿Usted no la quiere a Ernestina?

SOFO.—¡Y como no la voy a querer!

LINO.—¿Y entonces... por qué este distanciamiento entre Vds.?

SOFO.—Preguntéselo al doctor Martinez.

LINO.—El doctor Martinez está sorprendido como lo estamos nosotros... Porque lo qué Vd. está haciendo no tiene nombre. ¿No es cierto doctor?

MART.—Sí... sí...

LINO.—No, dígalo Vd. bien claro. Don Calamandro no se disgusta por eso.

MART.—Francamente, es un caso particular. No lo creía al señor Calamandro tan despreciativo... ¿La señora Ernestina, se encontrará ofendida, no?

LINO.—¡Qué esperanza! Ella misma me dió a entender, inmediatamente, que su esposo era muy indiferente, que ayer, se fué a la calle sin darle las buenas noche siquiera:

MART.—No me explico. Dos días que están casados y....

SOFO.—Vea doctor, si Vd. me dá permiso yo no tengo ningún inconveniente en....

LINO.—¿Permiso de qué?

ALCI.—De que los muchachos se quieran.

LINO.—Y como se va a oponer el doctor Martínez, si él mismo lo acaba de reprochar: ¿no es cierto doctor?... A ver, hágalos Vd. amigos.... que se den la mano y un beso.

LINO.—Doctor, dígales que se besen.

MART.—Yo... señor... ¿por qué?...

LINO.—Hágalo usted.

PRUD.—Se lo piden los muchachos.

MART.—¡Es que... señora!....

PRUD.—Y particularmente yo... Hágalo por mí, doctor.

MART.—Sñora... A ver, dénse la mano.

PRUD.—Ahora un beso.

MART.—Nó, no van a querer delante de mí.

SOFO.—Si Vd. lo ordena doctor, yo no tengo inconveniente.

PRUD.—¡Ha visto doctor!

LINO.—Están esperando que Vd. se lo pida para dárselo.

MART.—Désen un beso.

ALCI.—Este doctor Martinez es una gran persona. Se acabaron los estiramientos. Desde hoy en adelante el doctor Martinez, les dá a Vds. la libertad de acción.

SOFO.—¿De veras, doctor?

MART.—Sí... sí...

ERNE.—¿Vamos hasta la glorieta?

MART.—Nó... nó... (A Lino y Prudencia) Sí... sí... (A Sofonia y Ernestina) ¡Nó! ¡Nó!

PRUD.—El doctor Martinez lo hace para hacerlos desear. Vayan Vds. no más.

ALCI—Yo los acompaño como intérprete. El doctor Martínez queda con Vds.

ERNE.—Dame tu brazo, alma mía.

SOFO.—¿Otra vez a la glorieta? Yo me aburro allí...

ALCI.—No tengas temor. Yo te acompaño, hijo mío. **(Mutis derecha. Alcibíades al ver a doña Remigia que aparece, váse por el otro lado).**

ESCENA V

PRUDENCIA, LINO, MARTINEZ (entran por el foro) Doña REMIGIA y un CRIADO

CRIA.—Pase Vd. señora **(mutis).**

REMI.—**(Entrando)** Señores.

PRUD.—Señora.

LINO.—Señora... Tome Vd. asiento.

REMI.—No sé si les sorprenderá a los señores, después de lo acontecido ayer, en que vuelva a poner los pies en esta casa; pero es el caso que que no quiero volver a mi provincia sin antes poner en claro las intrigas y enredos que exiten, y que tal vez Vds. esten ajenos a esos malos manejos, y quiero también dejar bien sentada la reputación y la caballerosidad de mi hijo. Ayer cuando vine a visitar a Vds., pues tenía necesidad de conocer personalmente a los tutores de la señorita Ernestina y prometida de mi hijo Calamandro por voluntad del extinto Mardoqueo, he sido malamente sorprendida con el cuadro ridículo y la situación violenta en que habían colocado a mi hijo, y como si eso no fuera suficiente, un señor a quien no conozco, quería a toda fuerza hacerme pasar por su esposa y por madre de un hijo que no he tenido. Si bien es cierto que nos retiramos sin dejar las cosas en su lugar, lo hicimos, primero, para averiguar con que clase de gente tratábamos. Una vez fuera de su casa, he sabído que la señorita Ernestina había contraido enlace con el señor Sofonias Garrote, hijo de un tal Alcibíades.

MART.—¿Con Sofonias Garrote? ¿Está segura, señora?

REMI.—Si el señor duda de mi palabra, puedo ofrecerle copia del acta levantada en esta casa por el jefe del registro civil. Sírvase. Debo de confesarle, señores, que mi hijo Calamandro se encuentra indignadísimo con el proceder de Vds. y que no sabe a que puede responder la falta de un cumplimiento que Vds. estaban obligados a velar y a que se llenara en todas sus partes.

LINO.—Yo no comprendo señora que significa todo esto. Lo que puedo asegurarle es que Ernestina se ha casado con Calamandro Ovejero. Y que está en mi casa y que puedo presentarle a Vd. ahora mismo si Vd. quiere.

MART.—**(Por la copia del acta)** ¡Pero qué han hecho! ¡Qué canallas! ¿Pero, será cierto esto? Lo que debemos hacer sin pérdida de tiempo, es traer a esos señores que están en la Glorieta. **(Mutis).**

LINO.—Me parece bien.

PRUD.—Yo los acompaño... ¡Qué escándalo! ¿Puede asegurarme, señora, que Vd. dice la verdad?

REMI.—Tengo pruebas para todo.

LINO.—Está bien. Con permiso; un momento. **(Hacen mutis Lino).**

PRUD.—Corramos, Lino. **(Mutis).**

ESCENA VI

DOÑA REMIGIA y ALCIBIADES. Este aparece al mutis de Prudencia, dentro de una armadura.

ALCI.—**(Dirigiéndose a doña Remigia)** ¡Señora! Si dentro de diez minutos Vd. no desmiente todo lo dicho, su vida corre peligro de muerte.

REMI.—¡Señor!... ¿Y quién es Vd.?

ALCI.—Yo soy la sombra del finado Mardoqueo, que se ha levantado para descender a la tierra y desheredar a su hijo Calamandro por imbécil, pues en varias ocasiones se ha burlado y me ha ridiculizado en com-

pañía de Vd. Ese otro Calamandro que figura en esta casa, es hijo del diablo, y el señor que le acompaña es el diablo en persona. Cuidadito con contrariarlo, pues es capaz de lanzarle una descarga eléctrica por los ojos a Vd. y a su hijo.

REMI.—¡Señor!...

ALCI.—Vuelvo a mi infierno, y guay de Vd. y de su hijo si no cumplen lo que ordeno. **(Mutis).**

REMI.—¡Jesús, María y José! El demonio en esta casa!

ESCENA VII

REMIGIA, PRUDENCIA, ERNESTINA, SOFONIAS y MARTINEZ y LINO

LINO.—Pase V. aquí, señor Calamandro falsificado.

PRUD.—Ocurren cosas increíbles, Ernestina.

SOFO.—Sálveme, doctor. Le aseguro que no haré nada.

MART.—¡Su padre es un canalla!

SOFO.—Ya empiezan a volar las cachiporras. Etoy viendo ánimas por todos lados...

MART.—¿Dónde está su padre?

LINO.—Sí. ¿Dónde está? Es imprescindible la presencia de él...

PRUD.—Para que hable.

ERN.—¿Pero, qué ocurre? ¿Qué sucede?

SOFO.—**(Gritando)** ¡¡Papaaa...!!

ESCENA VIII

DICHOS y ALCIBIADES. Sale sin armadura.

ALCI.—**(Entrando)** Quién me llama. Aquí estoy yo, como caído del cielo o salido del infierno. ¿Qué pasa?

LIN.—Pasan ciertas cosas, don Alcibíades, difíciles de descifrar. Hace unos días que en esta casa todo marcha muy mal. Entran personas extrañas, se van, vuelven, luego hacen acusaciones... en fin, un misterio que no puedo comprender. ¡Ni que el demonio hubiera entrado en mi casa!

ALCI.—¿El demonio dice? ¡Je... je... je!... Yo soy, yo soy... el que va a aclararlo todo...

PRUD.—¡Don Alcibíades! La señora dice...

ALCI.—¿Qué dice esa señora?

REMI.—¡Yo!... ¡Yo no he dicho nada! No sé de que se trata...

LINO.—¡Cómo! V. hace un momento, ¿no nos decía que... que su hijo era el verdadero Calamandro... el que debía haberse casado con Ernestina?

REMI.—¡Yo!... Yo no he dicho eso, ¡qué esperanzas... El verdadero Calamandro es ése...

LINO.—¿Entonces su hijo está loco?

REMI.—Sí, sí, está loco... Disculpen Vds., señores, quiero retirarme... Me encuentro indispuesta, perdonen ustedes.

ALCI.—¿Sienten Vds. olor a azufre?

SOFO.—No, papá, fuí yo...

LINO.—Yo no comprendo una palabra. Pero, doctor, V. no estaba presente cuando la señora aseguraba que...

REMI.—No, yo no he asegurado nada, fueron suposiciones mías... Perdonen Vds.... Yo no puedo permanecer ni un momento más aquí. Servidora.

ESCENA IX

DICHOS y CALAMANDRO. Apareciendo.

PR. y LI.—¡El loco!

CALA.—Mamá, ¿estabas aquí? Traigo más pruebas todavía... Esa Margarita que quisieron hacer pasar por la señorita, me lo ha contado todo.

REMI.—Cállate, cállate, por Dios, no pronuncies ni una palabra... Si así lo hicieras, estaríamos malditos. Vámonos de aquí... Te lo ruego, no digas una palabra, vámonos, hijo mío, vámonos, te lo suplico.

CALA.—¿A tí también te han engañado? Está bien, nos iremos, pero antes de retirarme quiero hacerles saber a esos señores, indignos de toda consideración, que si consiguieron burlarse de mí y de mi señora madre, se debe, ante todo, porque creíamos tratar con gente honesta y no con simu-

ladores como lo son Vds. Sigan no más viviendo todos bajo un mismo techo y sacándose los ojos los unos a los otros, como los cuervos... Yo vuelvo a mi provincia con la conciencia tranquial de haber obrado como una persona de bien. No fué mía la culpa de recibir; donde me llevaba el firme propósito de no aceptar bienes ajenos porque nunca he vivido de ellos... en vez de agradecimientos por dejarla libre a la señorita de hacer lo que quisiera con la fortuna de mi padrino, descortesías, malas andanzas, y una falta de respeto que jamás he consentido. Muy equivocada vivía Vd. señorita Ernestina, si desde el primer momento me creyó capaz de obligarla a casarse conmigo; si Vd. así no lo sentía ni lo deseaba. No está en mí tampoco, aceptar por esposa, a una señorita que desconocía en absoluto mi modo de ser, de sentir y de pensar. Quedan Vds. libres de hacer lo que quieran, que Dios los ayude. Yo me voy satisfecho de haber cumplido como un caballero, lamentando solamente despedirme de Vds. en una forma de la que no estoy acostumbrado y el de no poderles ofrecer mi casa, donde aprenderían a vivir honestamente sin artificios ni perjuicios, sin ensuciarse las manos, ni ahogar la conciencia por un puñado de dinero. Vámonos, vieja. **(Mutis foro los 2).**

LINO.—¿Pero ese hombre está loco?

ALCI.—¿Pero no lo está viendo? ¡Loco de remate! Primero le da por quererme como a un padre... y después por quererme... matar a palos... Seguramente, mandó a la otra señora para acusarme, y esa señora hace todo lo que él le dice. Quién sabe lo que les habrá dicho de mí, ni quiero que me lo repitan... Parece mentira que un hombre que habla tan cuerdo, esté loco.

MARTI.—Y hay otros que están muy cuerdos y se hacen los locos para pasarlo bien.

ALCI.—De ahí viene, no son todos los que están, ni están...

LINO.—Hay que avisarle a Francisco que si vuelve eas gente no la permita pasar. Ese loco es capaz cualquier día, de hacer una barbaridad. **(Mutis).**

ALCI.—¿Ha visto, doña Prudencia, qué clase de parientes los míos?

PRUD.—Yo todavía no salgo de mi asombro. Las cosas que dijo, hasta creí que le iba a repetir el ataque. ¡Qué miedo!

SOFO.—Con permiso. Yo salgo y vuelvo.

CALA.—¿Dónde vas?

SOFO.—Ahora vengo. **(Mutis).**

ALCI.—**(Bajo al doctor)** ¿Qué le parece, doctor, mi táctica para sacarme los enemigos de encima?

MART.—Muy bien. Ahora va Vd. a ver la mía para que Vd. desaparezca de aquí, no sé si por un balcón o a puntapiés... ¡Elija!

ALCI.—¿Por qué, doctor?

MART.—¿Todavía me lo pregunta?... Lo sé todo...

ALCI.—¿Y qué es lo que sabe?

MART.—El lío que V. ha hecho con el oficial del registro civil.

ALCI.—¿Yo? ¡Qué calumnia!

MART.—Sí, usted.

ALCI.—¿Pero V. le hace caso a la madre del loco? ¿Yo metido en líos? ¡Tan luego yo... doctor, V. me ofende!

MART.—¡Ah! Pero esto no va a quedar así... Si llega a ser cierto no le voy a dejar una costilla sana. Ahora mismo me voy a ver al jefe de la oficina. Me pondrá en seguida al corriente de todo... y si Ernestina figura casada con Sofonias Garrote... no será chica la garroteadura, que le doy... Se lo prevengo... Ernestina, salgo y vuelvo en seguida por un asunto que me acaba de recomendar don Alcibíades... Trate V., doña Prudencia, en que no se quede Ernestina un momento sola... Hasta pronto, don Alcibíades... Con el permiso de Vds., señoras. **(Mutis).**

PRUD.—¿Qué le pasa al doctor?

ALCI.—Lo que yo me figuraba. Va a conseguir pasajes oficiales, para mandar a mis parientes a su provincia. Qué buena persona que es ese doctor. ¡Incomodarse por mí y a estas horas!

LINO.—**(Entrando)** Bueno, ya está todo arreglado, acabo de impar-

tir órdenes de que no quiero que me anuncien la visita de nadie, aunque fuera Su Excelencia. Desde ahora en adelante, a vivir nosotros para nosotros.

ALCI.—Muy bien pensado, don Lino... Ni al doctor Martínez le vamos a permitir en que vuelva a poner los pies en esta casa.

LINO.—No, al doctor Martínz no. Ese es nuestro único amigo... de confianza.

ALCI.—No importa. Si quiere noticias nuestras, que pregunte por teléfono.

PRUD.—Ahora, Ernestina, es preciso que tú hagas las paces con tu marido, lo tengo prometido.

ERNE.—¿Yo?

PRUD.—Sí, tú.

ALCI.—¡Pobre mi hijo! Ayer me decía con los ojos llenos de lágrimas: ¿Soy tan feo, papá, para que Ernestina, no me quiera?

ERNE.—¿Sí? ¿Eso le decía? ¿Y usted que le dijo?

ALCI.—Yo le dije... Vamos, un poco de paciencia, hijo mío. Ernestina es una muchacha muy seria y antes de... ¿sabes? querrá conocerte mejor.

ERNE.—Es una cosa muy particular lo que me pasa con su hijo. Al principio me parecía que era medio tonto y no lo quería, así, como lo quiero ahora. Poco a poco se me fué haciendo más simpático. Sus miradas, sus palabras tienen un encanto tan grande para mí, que, no me encuentro bien, me siento fastidiada cuando estoy lejos de él... Siento unos deseos de estar siempre a su lado, de mirarme en sus ojos... de oir esa melodía que tienen sus palabras, cuando me dice ingénuamente "te quiero, te quiero".

PRUD.—¿Ha visto don Alcibíades, que toda la culpa no la tiene Ernestin?

LINO.—Es preciso que esto termine. Hay que arreglar a estos dos tórtolos...

ALCI.—Es lo que digo yo, esto no puede seguir así. **(Un criado cruza con una bandeja).** ¿Para quién es eso?

CRIA.—Para el señor Calamandro.

ALCI.—Déjelo usted aquí.

CRIA.—Muy bien, señor **(ms.)**

ALCI.—Bueno, si Vds. me permiten voy a conversar con mi hijo. No hay necesidad, aquí está el hombre.

ESCENA X

DICHOS y SOFONIAS

SOFO.—**(Entrando)** ¿Qué pasa, papá?

ALCI.—Hijo mío, nosotros nos retiramos... Vamos a salir. Te dejamos a solas con Ernestina para que converses y una vez que se arreglen, pongan las cosas en su lugar. Aquí todos sabemos que tenías cierto resentimiento con Ernestina porque tenías celos del doctor Martínez. Puedo asegurarte que el doctor Martínez no pone más los pies en esta casa, don Lino mandó cerrar la puerta de calle.

SOFO.—¿Cómo?

ALCI.—Ni una palabra más. Tú te quedas dueño del campo. Ernestina lo quiere así. Hasta mañana, hijo mío.

SOFO.—Hasta mañana, papá.

LINO.—Adiós, amigo.

SOFO.—Adiós, don Lino.

PRUD.—Buenas noches, que lo pase bien.

ERNE.—Buenas noches.

LINO.—**(En el foro)** ¿Qué le ha echado usted dentro del té?

ALCI.—¡Ah! Unos polvitos que tengo para mi hijo y que son muy buenos para el asma.

LINO.—¡Ah! **(ms. todos menos Ernestina y Sofonias).**

ESCENA XI

ERNESTINA y SOFONIAS

SOFO.—¿Y qué quiere decir todo esto, Ernestina?

ERNE.—¿No te lo ha dicho tu padre? Que yo no quiero al doctor Martínez. Que estoy resuelta a amar a un solo hombre. Y ese hombre eres tú.

SOFO.—¿Yo?... ¡Ah, no! Ese no era el trato. Yo me casé con usted de ajugando... por un ratito nada más. Pero ahora parecen que las cosas van en serio y a mí no me gusta eso!...

ERNE.—¡Qué tontito eres, alma mía. ¿Por qué no me quieres a mí, que soy tan buenita que te quiere mucho, mucho.

SOFO.—Yo qué sé porque no la quiero. A mí nunca me enseñaron a hacer eso... a querer, yo no quiero a nadie...

ERNE.—¿Por qué no me miras a los ojos así, como me mirabas en la glorieta?

SOFO.—Porque me da mucha vergüenza.

ERNE.—¿Y vergüenza de qué? ¿Acaso yo no me siento a tu lado, y te miro, y te...

SOFO.—No me toque la cara...

ERNE.—¿Por qué no quieres que te toque la cara?

SOFO.—Porque... porque se me seca la boca y me da sed.

ERNE.—¡Pero si aquí está tu té con leche! Yo te lo serviré... Lo tomaremos entre los dos ¿quieres? Una cucharadita cada uno. Un poquito para ti y otro para mí... Así... ¿te gusta?

SOFO.—¡Velay! que gusto raro tiene, ¿no lo sentís vos?

ERNE.—¡A ver!... nó... está muy rico. Toma otra cucharadita... ahora yo, ahora vos...

SOFO.—¡Qué calor siento! ¡Uf! Dame más té, que ahora me gusta... ¡qué rico! ¡qué calor!

ERNE.—¿Sientes calor?

SOFO.—Pero mucha... Que linda me pareces ahora... Háblame como hace un rato lo hacías... Decime cosas bonitas, palabras de amor!... aunque sea de ajugando...

ERNE.—No, si yo no estoy jugando contigo. Te estoy hablando con toda sinceridad, con el alma en los labios. Te quiero y no puedo remediarlo. yo no tengo nada, que soy muy pobre, sin fortuna!

SOFO.—¡Qué diría el doctor Martínez si la oyera. No olvide de que

ERNE.—Me importaría muy poco. El doctor Martínez ya tiene quien lo quiera, ya no me interesa su amor... Lo único que tengo que agradecerle al doctor, es el de haberme hecho conocer a un hombre como vos, que no hay otro igual en la tierra.

SOFO.—(¡Cómo son las mujeres!) ¡Qué calor!

ERNE.—Sí, yo también tengo. Hoy ha hecho un día muy pesado.

SOFO.—Y dígame, señorita Ernestina. ¿Se puede saber lo que yo tengo para que Vd. haya sentido el amor, así, tan de golpe?

ERNE.—No me digás de Vd... dime de vos como antes lo hacías. ¿Qué tienes tú para mí? ni me lo sé explicar... Misterios de la naturaleza. Sólo sé que te amo.

SOFO.—¡Pero, qué cosa! Y yo no lo sabía, pero discúlpeme, Ernestina, yo me voy... **(Parándose)** Hasta mañana.

ERNE.—¿Te vas? ¿Dónde vas?

SOFO.—A la calle, aquí dentro hace un calor que me sofoca.

ERNE.—¿Y por qué no vienes al balcón de mi cuarto, da al jardín... y corre un fresco delicioso...

SOFO.—¿Y si lo sabe el doctor?

ERNE.—Que nos importa del doctor.

SOFO.—Este... Bueno, vamos. **(Al criado que entra).** ¿Qué quería?

CRIA.—Venía para llevar el servicio del té.

ERNE.—Bueno, si preguntan por nosotros, que no estamos para nadie.

SOFO.—Eso es... Ni para mi padre.

CRIA.—Está bien, **(ms).**

ERNE.—Dame tu brazo, maridito mío.

SOFO.—Con toda el alma, Ernestina.

ERNE.—Ja... ja... ja...

SOFO.—No se ría Vd. de mí, se lo suplico.
ERNE.—Pase usted primero.
SOFO.—Eso nunca. Después de usted. **(Hacen ms.)**

ESCENA XII

PRUDENCIA, LINO y ALCIBIADES

(Aparecen por distintas puertas y en puntas de pie y reclamando silencio)

LINO.—¡Chis!
PRUD.—¡Chis!
ALCI.—¡Chis!
PRUD.—Lo he oído todo.
LINO.—Y yo también.
ALCI.—Y yo también.
(Todos se frotan las manos).
LINO.—Han hecho las paces.
ALCI.—Parece que se quieren.
PRUD.Ya entró la dicha en esta casa.
ALCI.—Todavía nó.
PRUD.—¿Cómo que nó?
LINO.—Silencio. **(Oyense risas y palabras entrecortadas de Sofonias y Ernestina. Cada risa, dan un salto los viejos, respectivamente).**
PRUD.—Esta felicidad se me debe a mí sola.
LINO.—¿Como a tí sola? Yo he sido el que ha roto el hielo, el que los ha acercado.
ALCI.—¡Qué diré yo entonces! No dirán lo mismo cuando lo sepan todo!
LINO.—¿Cuándo sepamos qué?
ALCI.—Todo lo que me ha costado y lo que me costará la felicidad de mi hijo.
PRUD.—Dios y nosotros se lo premiará.
LINO.—Lo mismo digo yo.
ALCI.—Dios los oiga. **(Vuelven a oires las risas, y los saltos respectivos)**
LINO.—¡Chis!
PRUD.—¡Silencio!
ALCI.—Despacito.
PRUD.—¿Y ese timbre?
LINO.—Es el de al calle.
ALCI.—¡El doctor! No le abran por Dios! No le abran.
LINO.—Ya está aquí. **(Aparece el doctor).**
PRUD.—Despacio, doctor.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y DOCTOR

MART.—A Vd. lo quería encontrar, ¡Qué bien me la ha hecho, sinvergüenza.
LINO.—¡Silencio!
PRUD.—¡Baje usted la voz!
ALCI.—¡Más despacio!
MART.—Pero ¿qué signica esto? ¿Están ustedes locos?
ALCI.—Que se calle el doctor, si no quiere que lo mande en penitencia al cuarto de baño.
PRUD.—Baje usted la voz, se lo ruego.
LINO.—No le permito que interrumpa usted la felicidad de estos viejos.
ALCI.—Muy bien dicho. **(Oyense las risas).**
MART.—Pero ¿qué es lo que siento? ¡Sería posible! Ernestina.... ¡No!... Soy yo, Martínez el que te habla.
LINO.—¡Chis!

PRUD.—¡Cállese la boca!

ALCI.—¡Silencio!

MART.—Yo me he echado la tierra encima. Yo mismo maté mi felicidad.

LINO.—No hable fuerte, doctor.

PRUD.—Cállese, más despacito.

ALCI.—Ni una palabra más.

LINO.—¡Chis!

PRUD.—¡Chis!

ALCI.—¡Chis!

MART.—¡Ingrata! ¡Mala mujer!... Pero, esto no puede quedar así. Yo tengo que entrar a esa habitación. Abofetear a ese canalla.

ALCI.—Pero qué antojo el suyo, doctor. No está viendo que está completo. Que no hay asiento, caballero.

MART.—¡A usted lo voy a matar!

LINO.—¡Silencio! ¡Basta! ¡Despacito!

ALCI.—¡Chiiiis!

MART.—¡Ya me las pagarán! (ms.)

TODOS.—¡Chiiiis!.....

TELON

Precios de subscripción

Capital		Interior	
Trimestre....	2 40	Trimestre....	3.00
Semestre	4 80	Semestre	6 00
Año	9.00	Año	12 00
Número suelto	Capital 0 20	Interior	0 25

NÚMEROS PUBLICADOS

1 Mister Franck.
2 La loca del Azul.
3 Suprema venganza.
4 Maridos Caseros.
5 La casa de las Morales.
6 Un Hombre.
7 En la tierra de la Paz y del Amor.
8 La Mujer Fuerte.
9 El Sobrino de Mabrán.
10 El Caudillo.

Unico concesionario de venta

VICTOR M. VIEIRO — RIVADAVIA 542

Pídase en todas las librerías, kioscos,

subterráneo y vendedores de diarios

Próximo número:

El mayor prejuicio

de JOSE GONZALEZ CASTILLO

No tiene rival

para pollos asados

La casa ha contratado al mejor cocinero en 1500 $ mensuales

Instituto de Danzas Modernas único en Sud América

mer maestro Director Argentino diplomado en Londres, Paris y Bs. As.

J. C. HERRERA

nseñanza perfecta y elegante de

Bailes de Salon

Las clases son privadas

rario: De 8 a 12 a. m.
De 2 a 7 y de 9 a 12 p. m

Profesor oficial del
Plaza Hotel — Majestic Hotel
ador de los bailes de la opereta
La Duchessa del Bal Tabarin

Sucursal en Mar del Plata
Temporada 1918-19
Bmé. MITRE 1282
U. T. 5830 LIBERTAD

METROPOL BAZAR

CASA ARGENTINA
F. STAROPOLSKI | 340 | C. PELLEGRINI
U. T. 2432 Lib

LA GRAN CASA ESPECIAL PARA ADORNOS Y REGALOS DE BUEN GUSTO A ::PRECIOS MODICOS::

ULTIMA CREACION

"LAS FLORES JAPONESAS"

EL MEJOR JUGUETE

DECORACION DEL ACTO 1o. de "LA CIENCIA MÁS QUE EL PODER"

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

EL MAS PERFECTO Y REAL

EL IDEAL DE LOS CHICOS

TAMAÑO A $ 5.—
» I » 10.—
» M » 25.—
MUY GRANDE

CON UNA OBRA GRATIS

HAY DIEZ OBRAS DISTINTAS QUE SIRVEN PARA LOS TRES TAMAÑOS, DE MODO QUE SE PUEDE COMPLETAR CONTINUAMENTE EL REPERTORIO.

PRECIO A $ 3 m/n c/u

Imp. D. GURFINKEL — Montevideo 421 — U. T. 2564, Lib.